

1 de Febrero de 1982

ANTE UN NUEVO AÑO

Circular del Secretariado Federal

PRESENTACION

La Circular que teneis en vuestras manos pretende reunir en un solo documento el conjunto de problemas que tiene frente a sí el Partido en la actualidad.

El resultado, como veis, es excesivamente largo. Esto hará laboriosa su lectura y su utilización. Peor que ello, sin embargo, es el carácter demasiado general del texto.

Ese alto grado de generalidad tiene al menos dos causas.

La primera es la creciente diversificación de los problemas que abordamos, diversificación que admite difícilmente un tratamiento que sea a un tiempo concreto y unificado.

La segunda es el deficiente funcionamiento de los canales partidistas (en el escrito nos referimos a ello), el cual nos hace trabajar frecuentemente con elementos poco precisos, con un conocimiento de la realidad que no es ni lo amplio ni lo concreto que es necesario.

Para paliar este defecto será preciso que en todas las Organizaciones y en los distintos niveles se trate de conectar lo que aquí se dice con su propia realidad.

Con motivo de la entrada en 1982, y cuando se abre ante el Partido un período cuajado de problemas y con un alto interés desde el punto de vista de la forja del movimiento revolucionario, os enviamos nuestros mejores saludos fraternales.

5 de Enero de 1982 — *El Secretariado Federal*

SOBRE NUESTRA ACTIVIDAD POLITICA EN EL ULTIMO PERIODO

Contemplaremos dos aspectos: primeramente, la evolución general de la actividad política del Partido desde la publicación del *Boletín 33,* en Mayo de 1980, hasta hoy. En segundo lugar, nos referiremos a algunos problemas relacionados con nuestra labor antes y después del intento de golpe de Estado del 23 de Febrero.

1.— Evolución general de nuestra actividad política

En el *Boletín 33* se fijaba una orientación general referente a la necesidad de reforzar nuestros vínculos efectivos con las masas y de afirmar nuestra presencia como fuerza revolucionaria dinámica y claramente definida con capacidad para atraer y dirigir en la lucha a los sectores más avanzados de la clase obrera y de nuestros pueblos.

Bajo este ángulo, se concretaban diversas directrices (que evocaremos más adelante) cuya finalidad consistía en consolidar el carácter revolucionario del M.C., contrarrestar las tendencias burocráticas en nuestras formas de actuación y ampliar y profundizar nuestros lazos con las masas. El movimiento entonces iniciado, huelga decirlo, *prosigue en la actualidad y debe continuar en el futuro.* No es cosa, pues, de hacer un balance que cierra una etapa sino, simplemente, de verificar si la experiencia del Partido se desarrolla positivamente de acuerdo con aquellas directrices y de corregir éstas en el grado que sea necesario.

Aludiremos a varios puntos que nos parecen particularmente significativos a la hora de examinar nuestra evolución.

La posición política del Partido ha mejorado en cierto grado. Su papel como dinamizador de la actividad de masas, como agitador y propagandista revolucionario, netamente diferenciado del reformismo, se ha reforzado. Hoy constituímos una fuerza más representativa de los sectores más avanzados, por más que sigamos teniendo un carácter sumamente minoritario. Hay que decir, de todos modos, que algunos sectores revolucionarios permanecen agrupados en torno a otras corrientes políticas y que en algunos sitios representan una fuerza importante.

Los temas de nuestra actividad política, en general, han sido bien escogidos (antifascismo, anti-OTAN, problemas obreros de carácter local, por el derecho al aborto, contra la represión, etc.). En el caso particular del movimiento anti-OTAN hemos acertado a conectar desde sus comienzos con un movimiento popular de envergadura, impulsándolo en cierta medida.

En algunos casos, sin embargo, hemos reaccionado tardíamente ante problemas capaces de generar combatividad entre las masas. El caso más destacado es el del envenenamiento por aceite de colza.

Dentro de una situación de notable aislamiento, nuestros lazos con las masas han mejorado algo.

A ello ha contribuído una actitud más ofensiva por nuestra parte, que se ha manifestado, singularmente, en nuestra incidencia en luchas radicales, como la de Nervacero u Olarra, la acción contra los despidos de Hunosa, las luchas de Zaragoza contra la represión.

A ello ha contribuído también la búsqueda de formas de acción que nos permitan acercarnos a sectores de las masas más amplios: movimiento anti-OTAN, organismos antifascistas, movimiento de parados en el País Valencià, la campaña de alfabetización

en Andalucía, las acciones contra el envenenamiento por aceite de Colza y contra las contribuciones especiales en Euskadi...

No obstante, siguen siendo abundantes y bastante serios los problemas que encontramos para guiar nuestra labor en los movimientos de masas más inactivos y burocratizados, especialmente las CCOO, problemas que serán tratados más adelante. Asimismo, seguimos adoleciendo de una deficiente vinculación con la juventud popular y trabajadora (*). También tenemos que decir que, aunque hemos desplegado una actividad notable en relación con algunas de las luchas del movimiento feminista, es todavía insuficiente la preocupación del conjunto del Partido por cuanto significa la opresión de las mujeres y la respuesta que frente a ella deberíamos dar en todas las facetas de nuestra labor política. En términos generales, en fin, si bien nuestra unidad con sectores radicales se ha robustecido, continuamos bastante alejados de los sectores más próximos al reformismo.

Uno de los campos en los que hemos hecho más progresos es el de la presión en favor de la unidad obrera y popular bajo diferentes formas, lo que indica que algo hemos logrado en el sentido de reducir nuestro sectarismo, por más que las manifestaciones del mismo sean todavía numerosas.

En este capítulo hay que señalar que hemos venido impulsando organismos tales como Esquerra Unida del País Valencià, Unidad Popular Antifascista, de Valladolid, la Coordinadora de Izquierda Riojana y el Bloque Popular de Extremadura. Hay que mencionar, igualmente, los avances logrados en las relaciones con corrientes varias situadas a la izquierda del reformismo, especialmente con sectores abertzales de izquierda en Euskadi, con el Bloque Nacional Popular Galego, con la izquierda del PSUC y Nacionalistes d'Esquerra, con la CUT y parcelas del SOC de Andalucía, etc. Hemos seguido manteniendo una relación amistosa y de colaboración con el MIRAC, con el que tenemos una alta identidad de criterios. Hemos progresado en la política unitaria con la Liga Comunista Revolucionaria, con la que hemos conjugado nuestras fuerzas en diversas ocasiones y con la que mantenemos un proceso de discusión sobre las coincidencias que nos unen y las diferencias que nos separan. El esfuerzo unitario ha dado frutos evidentemente positivos en la organización de plataformas antifascistas o del movimiento contra la OTAN. Ha resultado positiva, asimismo, la colaboración con Fernando Sagaseta y con otras personalidades, así como las numerosas actividades que han nacido al calor de esta colaboración. Hay que resaltar, también, el interés que ha presentado el enfoque abierto y unitario con que se ha planteado la celebración de la Conferencia del MC de Aragón y el Congreso del MCPV.

Las relaciones de unidad con las corrientes radicales y revolucionarias han mejorado, pues, apreciablemente. *Ahora se plantea la necesidad de consolidar los pasos dados y de proyectar nuestra política unitaria hacia otros sectores, particularmente aquellos que se hallan bajo la influencia del reformismo.*

2.— El 23 de Febrero

■ *Antes del 23 de Febrero* se dió en el Partido una creciente conciencia del peligro de golpe de Estado militar, fruto de una interpretación de la situación que, a grandes rasgos, nos parece que fue acertada. Nuestra percepción de la presión golpista a partir de Octubre de 1980 y nuestro análisis de la dimisión de Suárez se ajustaron en bastante medida a la realidad de los hechos.

(*) La FJR representa, sin duda, un medio útil para llegar a la juventud y desplegar un trabajo en los sectores juveniles. Sobre su actividad y problemas se está preparando una circular que se publicará proximamente.

La política general que establecimos frente a esta situación se caracterizó por una revalorización del papel de la lucha democrática, en un triple sentido: lucha contra la Ley antiterrorista y la represión; contra el creciente militarismo golpista; y contra las organizaciones fascistas y el "fascismo civil", en general. Al propio tiempo, se puso el acento en la necesidad de prepararse para hacer frente a una eventual intervención represiva generalizada del Ejército en Euskadi.

Estos análisis y esta política fueron atinados. No obstante no llegaron a cobrar gran entidad los resultados prácticos.

Ello se debió en parte —como con tantas otras políticas— al estado general de desmovilización de las masas y a nuestra muy limitada influencia sobre ellas. Pero, junto a esto, se pueden alinear algunos errores o defectos nuestros. Apuntaremos unos pocos:

El primero es que esta política no adoptó una forma suficientemente concreta, lo que dificultó sin duda la aplicación práctica.

El segundo es que durante estos meses, el peligro de golpe militar no fue suficientemente comprendido por el conjunto del Partido. Por parte de la dirección se apuntó este peligro con especial claridad a partir de Noviembre del 80, pero quizá no lo hicimos con la debida fuerza o insistencia.

El tercero se relaciona con nuestras dificultades para centralizar la acción política y responder con agilidad a los virajes de la situación en cada momento. A ello se sumó el peso de la inercia y del "inmediatismo" (estar muy absorbidos por el trabajo y los problemas inmediatos pero sin prestar la atención necesaria a problemas de más largo plazo). Luego volveremos sobre esto.

Al margen de lo dicho —y aunque ello concierne a aspectos diferentes de nuestra actividad política—, hay que apuntar también como una deficiencia la lentitud con que se comenzaron a aplicar las medidas organizativas encaminadas a preservar en lo posible la seguridad del Partido frente a una eventualidad golpista.

■*Después del intento del 23 de Febrero.* Entendemos que la interpretación del mismo así como la definición de las perspectivas que se abrían correspondieron en alto grado a la realidad.

Los problemas políticos suscitados por la tentativa golpista se pueden dividir en dos partes. Por un lado, aquellos concernientes a la defensa del Partido frente a las posibles agresiones que pudiera sufrir con o sin golpe de Estado. Luego volveremos sobre esta cuestión, al examinar nuestros problemas organizativos actuales. Nos limitamos, pues, a señalar ahora que este tema mereció una parte importante de nuestra atención, de nuestros esfuerzos y de nuestro tiempo. Por otro lado, nos encontramos ante el problema de cómo retomar la iniciativa tras el 23 de Febrero, sobre qué bases, cómo impulsar una reacción activa y revolucionaria.

Para tratar de conseguir esto nos propusimos promover formas de organización local, más o menos de base, que bajo la bandera de la defensa de la libertad y de la lucha contra el fascismo, agruparan y movilizaran a sectores avanzados, a los que el 23 de Febrero no hubiera llevado a la pasividad sino a la toma de conciencia de que era preciso "hacer algo". La línea de actuación trazada daba la prioridad a la alianza con estos sectores y a la acción en pos de su unidad. Se hizo hincapié, asimismo, en deslindar la política revolucionaria de la reformista-constitucionalista-monárquica, que representaba un factor de esterilidad y de subordinación a la monarquía. Si bien insistimos en la conveniencia de concentrar nuestras fuerzas en la lucha contra el golpismo fascista, no descartamos, antes al contrario, airear cuestiones que, aunque no total o exclusivamente antigolpistas, pudieran permitir movilizar las energías populares en un sentido positivo. Particularmente se planteó la necesidad de estimular la movilización contra el ingreso en la OTAN, movilización que, además de estar muy relacionada con la lucha antifascista, podía atraer a muchas gentes inicialmente no dispuestas a una actividad frontal-

mente antigolpista. Asímismo, impulsamos la lucha por los derechos nacionales, especialmente agredidos tras el 23 de Febrero.

Igualmente, se puso de relieve que, si Calvo Sotelo conseguía una tregua de la jerarquía militar, ello se haría al precio de una marcada y rápida derechización, que habría que denunciar y combatir.

Con respecto a la posible respuesta ante un nuevo intento golpista, se planteó la necesidad de prepararnos para adoptar medidas automáticas llegado el caso —esto, realmente, fue muy difícil de concretar y más aún de generalizar a medida que fue pasando el tiempo y cediendo el impacto del 23 de Febrero—. La cuestión de las movilizaciones "en caliente" ante un golpe triunfante la contemplamos con un doble criterio: estimular la combatividad de las masas en la medida en que se manifestase localmente, uniéndose a las tendencias más avanzadas, y, al mismo tiempo, comprender que la resistencia a largo plazo, si no había posibilidades de deshacer la intentona —como cabía prever habida cuenta de la correlación de fuerzas en presencia—, debía tener la prioridad sobre la resistencia a corto plazo.

Finalmente, preconizamos un aumento de la tensión unitaria con otras corrientes revolucionarias o radicales, acorde con la gravedad de la situación.

Las orientaciones adoptadas, en un plano general, consideramos que fueron justas y siguen conservando vigencia en los momentos actuales. Examinando todo ello en términos más concretos es posible, sin embargo, apuntar tres deficiencias cuya identificación puede sernos de utilidad.

La primera reposa sobre la existencia de una contradicción inevitable, cual es la que se ha venido registrando entre las tareas derivadas de la imperiosa necesidad de proteger al Partido y la actividad política abierta, entre las masas, a la que había que dar un impulso tras el 23 de Febrero. De hecho, a menudo, los esfuerzos dedicados a lo primero han restado fuerza (a veces bastante fuerza) a nuestra respuesta política. No previmos que esa contradicción podía generar efectos negativos ni los correctivos adecuados para paliarlos.

La segunda se refiere a las iniciativas autónomas que propugnamos de cara a la actividad antifascista. El propósito de apoyar nuestra labor en un trabajo diversificado y autónomo no fue erróneo; al contrario. Ese era un medio útil para ajustarse a una situación muy heterogénea del movimiento de masas y también para crear un dispositivo de resistencia antifascista capaz de actuar en condiciones en las que sería imprescindible una gran autonomía de los organismos de base.

Sin embargo, hubiera sido bueno dar a ese trabajo un mayor apoyo central (complementándolo con iniciativas centrales, con material propagandístico, etc.), lo que hubiese dado un mayor vigor y carácter global a nuestra actividad y que, incluso, hubiera respondido mejor a las expectativas de algunos sectores combativos de fuera del Partido.

Por otra parte, ese planteamiento basado en la acción autónoma reclamaba, para sacar de él el máximo partido, un mayor seguimiento por parte de los órganos de dirección y el consiguiente análisis de los resultados, para corregir, dar orientaciones cada vez más concretas y generalizar las enseñanzas que se desprendieran de la experiencia. Este ha sido un punto débil que deberemos tener más en cuenta en el futuro.

La tercera consiste en nuestra lentitud para reaccionar frente a algunos hechos que podían permitir una labor de denuncia y hasta de movilización de interés evidente (asalto al Banco Central de Barcelona, asesinatos de Almería, intoxicación por el aceite de Colza).

Hasta aquí este apretado resumen de lo que ha sido nuestra actividad política durante este tiempo, resumen que indudablemente no tendrá el mismo valor para cada una de las Organizaciones del Partido y que, en todo caso, deberá ser considerado en estrecha vinculación con su experiencia particular.

HECHOS Y TENDENCIAS

En el último año venimos asistiendo a una grave crisis del *régimen de la reforma.* La misma se manifiesta, simultáneamente, como una apreciable disgregación de la alianza del poder y como una marcada corrección hacia la derecha de sus rasgos políticos, agravándose, incluso, el peligro de liquidación del marco democrático burgués.

Nos detendremos seguidamente en aquellos factores que inciden más especialmente en la situación actual y que, previsiblemente, serán más decisivos en su evolución.

1.– El factor militar

El Ejército representa hoy una *fuerza política* dominada por ideas y actitudes situadas a la derecha del régimen actual. Su contradicción con el mismo es de todo punto evidente, lo que da lugar a una situación particularmente frágil: el régimen es contemplado con disgusto, cuando no con abierta hostilidad, por uno de los pilares del Estado, cual es sus Fuerzas Armadas.

En su interior coexisten corrientes antidemocráticas varias, siendo absolutamente minoritarios los sectores constitucionalistas.

Las tendencias golpistas se reforzaron considerablemente durante 1980, generándose una dinámica que culminó el 23 de Febrero del año pasado.

Posteriormente, a través de un proceso complejo ( ), las tendencias antidemocráticas han ido mejorando más y más sus posiciones.

La fuerza del militarismo fascista procede de dos fuentes principales.

La primera es la naturaleza misma del Ejército. Es una creación del franquismo, el cual dejó en él su impronta material, organizativa, política e ideológica. Este *sello* no ha sido alterado apenas por el régimen actual que, de hecho, ha renunciado a modificar en nada sustancial las Fuerzas Armadas, buscando, simplemente, unos compromisos con ellas que le permitan subsistir.

Este Ejército, no obstante, acaso en otras circunstancias podía haber sido neutralizado. No ha sido así —y esta es la segunda fuente del golpismo— en las condiciones en que se ha realizado la reforma política y en las que ella misma ha producido. Crisis del Gobierno y de la UCD y "falta de autoridad"; crisis y estancamiento económico; reforzamiento del franquismo y del neofranquismo en sectores de la burguesía; ausencia de movilización popular; situación internacional favorable para las posiciones más reaccionarias dentro del Ejército... Estas y otras condiciones parecidas han arropado y alentado al golpismo militar. Le han dado una *representatividad,* un significado, un alcance en tanto que fuerza defensora de pautas franquistas, que no hubiera obtenido en otras circunstancias. No es ya, solamente, ni mucho menos, una fuerza residual, aislada del ambiente internacional y del entorno social. *Representa algo,* aparte de representarse a sí misma; *corresponde a algo; coincide* con el sentido de la evolución de fuerzas poderosas de la sociedad española y del mundo occidental. Y eso da unos vuelos a su ideología y a sus querencias políticas, que no hubiesen alcanzado en otra situación. No es ya, simplemente, el franquismo militar residual e inerte. Es un fenómeno alimentado por la reacción civil, interior e internacional.

(*) Las fases de ese proceso se evocan en el núm. *extra* de *Servir al Pueblo*, publicado el pasado 12 de Noviembre.

En el momento presente, las contradicciones principales dentro del Ejército no son las que enfrentan a golpistas y constitucionalistas sino a diversas orientaciones militaristas, contrarias en general al régimen actual.

Esas contradicciones son un reflejo de las diversas formas de asumir el legado del franquismo, de las diferentes posiciones que ocupan unos y otros, de las distintas experiencias y responsabilidades... Pero expresan también las diferencias de enfoque existentes dentro del Ejército con respecto al tratamiento a dar a los grandes problemas políticos que habría de afrontar el Ejército si se hiciera con el Gobierno: ¿hasta qué punto desmantelar el régimen constitucional?; ¿cómo proceder con el rey, con la monarquía, con la dinastía borbónica para no hacer las cosas demasiado irreversibles y para no nutrir nuevas divisiones dentro del Ejército por esta causa?; ¿cómo actuar para evitar un veto al ingreso del Estado español en la OTAN, veto que podría poner algún país miembro ante un golpe con ribetes "excesivamente" terroristas?... Estas y otras muchas cuestiones suscitan respuestas diversas.

Ello se superpone con las rivalidades entre los distintos candidatos a encabezar el Ejército y entre las diversas camarillas.

Pero, pese a todo, aunques estas contradicciones pueden contribuir eventualmente a dificultar la unidad y la capacidad de resolución del golpismo —e, incluso, a "ablandar" determinados proyectos golpistas— no hay que olvidar que estamos hablando de *problemas internos* de un conglomerado antidemocrático, de una constelación de corrientes franquistas *predominantes* en el interior de las Fuerzas Armadas y que, por consiguiente, no se debe contar con que esas contradicciones puedan asegurar una paralización del golpismo.

Los juicios por la intentona del 23 de Febrero, por otro lado, se presentan como una prueba de fuerza inevitable y a plazo breve con el golpismo militar.

Posponer indefinidamente la celebración de los juicios sería una grave muestra de debilidad por parte del Gobierno. La imposición de condenas reducidas a los procesados supondría la concesión de una bula al estamento militar para seguir conspirando y organizando nuevas intentonas. Unas penas severas, a estas alturas y "en frío", suscitarían una amplia desaprobación en el Ejército, consagrando el papel de mártires asignado por el golpismo a Milans y Tejero.

En suma, el Ejército sigue ocupando un papel de primer orden como fuerza de presión y de control del Gobierno civil, en tanto que se mantiene y hasta aumenta el peligro de golpe militar en una u otra modalidad y con mayor o menor alcance.

2.— La patronal

En la patronal —y, en particular, en su principal representante: la CEOE— se observan signos que merece la pena resaltar, aunque no tengan un grado de generalidad absoluto (en Euskadi y en Catalunya buena parte de la burguesía no se ajusta enteramente a lo que vamos a señalar). Estos signos son, fundamentalmente, los dos siguientes:

a) Una creciente inclinación hacia posiciones políticas más y más derechistas.

b) Correlativamente con lo anterior, una mayor intervención directa de la patronal en tanto que tal, corporativamente, a través de la CEOE, en la esfera política.

En el último período se han repetido hechos que prueban esto: la oposición abierta al sector social-demócrata de UCD; las advertencias de la CEOE a la UCD frente a una posible tentación de aliarse con el PSOE; la actividad en favor de la alianza entre la UCD —depurada de los social-demócratas— con Fraga; la organización de una fuerte campaña propagandística, en las elecciones gallegas, cuyo sentido final era precisamen-

te el de propiciar la "gran derecha"; la hostilidad frente a la medida del Gobierno de conceder un anticipo a CC.OO. y UGT a cargo del presupuesto del Estado; el abandono durante algún tiempo de la Comisión de Control y Seguimiento del ANE; las declaraciones agresivas, a veces fascistizantes, de destacados empresarios y banqueros...

Nos referiremos seguidamente al por qué de esta trayectoria política del empresariado.

Para empezar hay que evocar el carácter de la mayor parte de la patronal en el Estado español. Se trata de una clase carente de tradiciones democráticas. Habituada a delegar el ejercicio del poder en los militares en nuestra historia contemporánea, apenas posee experiencia directa sobre el sistema de dominación democrático-burgués. Su comunicación con el personal político dirigente de la reforma ha venido siendo muy defectuosa; está bastante lejos de lo que son las relaciones entre el empresariado y sus representantes políticos en los países en los que la democracia burguesa tiene largos años de existencia. En el interior de la patronal coexisten una notable despolitización con una fuerte penetración de una ideología antidemocrática, cuando no netamente fascista. Las conexiones entre los militares mejor situados en la esfera económica y la patronal no son, huelga decirlo, neutras en la configuración política de esta última.

En la primera mitad de los años setenta, en el seno de esta clase, se fue abriendo paso la idea de que el franquismo debía ser relevado por un régimen parlamentario. Ello habría de permitir, fundamentalmente, obtener unos apoyos para el régimen capitalista que el franquismo ya no tenía y estabilizar dicho régimen. Por otro lado, la incorporación del Estado español a la Comunidad Económica Europea hacía necesaria —así lo exigía el Tratado de Roma, carta básica de la Comunidad— la homologación del régimen español con los restantes regímenes europeos occidentales (*).

En vísperas de la reforma, los sectores de la burguesía abiertamente opuestos a toda evolución eran o reducidos o poco activos. En cualquier caso, su influencia fue escasa. Pero tampoco fueron numerosos quienes mantuvieron una actitud democrático burguesa mínimamente consistente. La mayor parte del empresariado tuvo un comportamiento más bien favorable a una transformación parlamentaria del franquismo pero muy pasivo. En definitiva, *su actitud hacia la reforma dependería de lo que ésta fuera capaz de ofrecerle.*

Y el nuevo régimen, bajo este punto de vista, no ha obtenido precisamente grandes éxitos.

En primer lugar, la reforma política se ha hecho después de un período de expansión económica, cuando éste ya había concluído. El régimen parlamentario es sinónimo de crisis económica. De una crisis, además, prolongada, profunda, a la que nadie ve salida. Esto es muy determinante de actitudes añorantes, de exigencias derechistas de "orden" y "autoridad" para "recuperar" lo que se está perdiendo.

Además, la Comunidad Económica Europea, acosada por las dificultades derivadas de la crisis que padecen los países miembros, ha adoptado una actitud ultradefensiva y dilatoria, poniendo muy cuesta arriba el proceso de integración de la economía española.

En segundo lugar, la patronal ha sido testigo de un doble movimiento ante el que no es indiferente. Por un lado, el régimen de la reforma es "poco eficaz"; "funciona mal". El principal partido de la derecha "no marcha". Y muchas de las cosas que hace disgustan a numerosos empresarios. Por otro lado, se va perfilando *la alternativa militar.* Antes no era posible contar con ella porque no existía. La única alternativa militar era el franquismo y éste se hallaba muy gastado. Ahora no; ahora está en pie un proyecto militar. Para cierto número de empresarios esa podría ser una solución: "es difícil

---

(*) Ver: "De Franco a Juan Carlos I", pág. 9 y siguientes.

—piensan— que las cosas vayan peor con los militares en el Gobierno". Otros lo ven como algo aventurado y tratan de buscar un compromiso entre el régimen actual y el Ejército. Pero son pocos los que mantienen una defensa clara del régimen democrático burgués.

Esta patronal, cuyos diversos sectores y tendencias necesitamos, sin duda, conocer mejor, pesa como un poderoso lastre derechista sobre el sistema político y social. Es un factor de conservadurismo a ultranza, poco favorable cuando no contrario a la realización de reformas democrático—burguesas ambiciosas y proclive a contemporizar con las corrientes militaristas.

3.— La derecha. La UCD

La UCD, una de las piezas clave de la reforma política, un partido de compromiso entre la vieja y la "nueva" derecha, se aproxima a la quiebra.

En el último período ha perdido presencia electoral. Primero se vió muy reducida en Euskadi y Catalunya. Luego ha sido la bofetada que llevó el 28 de Febrero andaluz. Más tarde, la seria derrota sufrida a manos de AP en las elecciones gallegas.

Al propio tiempo, ha entrado en crisis su vinculación con fuerzas fundamentales de la sociedad y del Estado: la patronal, la Iglesia, el Ejército. Encuentra creciente oposición por parte de sectores significativos de estas fuerzas.

Está, en fín, la aguda crisis interna que padece.

En esta crisis actúan muy variados factores, desde las presiones de fuerzas sociales, económicas y políticas exteriores (empresarios, jefes militares, otras fuerzas políticas, Iglesia, etc.), hasta las ambiciones políticas de los distintos clanes, pasando por la ausencia de un liderazgo personal consolidado y también por la crisis de orientación ante los acuciantes problemas políticos que ha de resolver.

Esta crisis está produciendo fenómenos de relativa gravedad: la parcial paralización del partido gubernamental y la imagen caótica que ha venido dando, en beneficio de los conspiradores golpistas; el despredimiento de sectores del partido —el más grave hasta ahora ha sido el de una parte del ala social-demócrata—, que pueden llegar a poner en peligro la ya corta mayoría parlamentaria de la UCD; etc.

A grandes rasgos, ante UCD se abren dos grandes orientaciones posibles.

La primera consiste en inclinarse ante las fuerzas de todo tipo que le presionan para que avance hacia lo que se ha dado en llamar "gran derecha", es decir, hacia un nuevo partido-eje de la derecha que renuncie a las veleidades *centristas* y repose sobre una alianza con el grupo fraguista. Tal partido habría de ser el instrumento de una política abiertamente escorada hacia la derecha. Más todavía de lo que lo está la del actual Gobierno de Calvo Sotelo.

La segunda opción es la reafirmación del pretendido *centro*, esto es, de un partido que afirma una posición independiente de "la derecha", a la que, según el esquema, habría que identificar solamente con Alianza Popular.

La primera fórmula podría tal vez dar satisfacción a importantes fuerzas reaccionarias, que modificarían su actitud recelosa y hasta hostil hacia el actual *centro*.

Pero tendría inconvenientes graves desde el punto de vista electoral, punto de vista que no se puede ignorar arbitrariamente, al menos mientras siga habiendo un horizonte electoral. La "gran derecha" dejaría a su ala "izquierda", si puede decirse así, fuera de la operación y, sobre todo, podría resultar una catástrofe electoral, con lo cual es seguro que sería *derecha* pero no lo es que fuera *gran*.

Esa derecha derechizada tendría aún más problemas que hoy para buscar un terre-

no de entendimiento con la izquierda reformista y con fuerzas burguesas como el PNV y CiU.

En las actuales circunstancias de crisis del régimen democrático-burgués, hostigado por el golpismo, esa pérdida de la mayoría parlamentaria podría tener efectos de extrema gravedad para la subsistencia misma de dicho régimen.

La elección, por tanto, se presenta llena de dificultades. Hasta ahora, Calvo Sotelo ha elegido una vía que reside en aproximarse hacia la fórmula de "gran derecha" pero sin dar grandes saltos en esa dirección, tratando de combinar las ventajas de cada una de las opciones en presencia. Es difícil saber por cuánto tiempo podrá seguir bailando en la cuerda floja.

4.— La izquierda reformista

La nota más característica de la actitud del PSOE y del PCE ha sido la búsqueda de una mejor posición en el interior del sistema político surgido de la reforma del franquismo. Esto ha implicado una profundización del compromiso de estos partidos con el régimen actual y un constante intento de congraciarse con las fuerzas dominantes en los órdenes social, económico y militar.

En el PSOE se ha apreciado una progresiva neutralización de su ala izquierda y una creciente derechización de su política, pudiéndose hoy hablar de un proceso consumado de social-democratización, apuntalado en su último Congreso.

El PSOE aparece en la actualidad como una corporación de intereses creados en torno al aparato sindical, municipal y político del propio partido. La adhesión del aparato a la persona de Felipe González, adhesión unánime e incondicional, refleja la actitud de un cuerpo burocratizado, sin principios ni convicciones ideológicas, que pragmáticamente se agrupa alrededor de quien condensa las posibilidades de triunfo electoral y de reparto de un pastel más grande.

En el presente, la dirección del PSOE no está tan preocupada por ensanchar su electorado —sin renunciar—, desde luego, a intentarlo por la izquierda y por la derecha—, como por hacerse aceptar por el poder militar y económico en el caso de que gane las próximas elecciones.

Hay que decir que, a pesar de su trayectoria tan negativa, y seguramente con la sola excepción de Euskadi, el PSOE todavía puede representar para mucha gente de izquierda, no muy avanzada pero de izquierda, una esperanza de transformación de nuestra sociedad. Conviene no olvidar los aspectos negativos del aparato burocrático pero tampoco hay que ignorar la persistencia de una cierta representatividad popular del PSOE, lo que hace las cosas más complejas y contradictorias e impide tratar el problema de este partido como si se tratara simplemente de una especie de *sociedad anónima* dedicada a la política. Considerado el fenómeno en su cúspide, algo tiene de eso. Pero, visto en su conjunto, incluyendo su faceta de representación de importantes sectores sociales, resulta harto más complicado y merece una consideración más diálectica y un tratamiento doble, que contemple tanto el carácter reformista de la cumbre como el carácter popular de su electorado.

El *PCE,* por su parte, atraviesa una crisis de gravedad extrema. El origen de la misma lo percibimos en la contradicción existente entre dos elementos que han acompañado la vida de este partido durante estos años.

Por un lado, ha hecho dejación de varios de sus rasgos históricos, como eran su definición republicana o un cierto estilo de militancia activa, para pasar a ser una fuerza política muy comprometida con el régimen de la reforma. Esta relativa ruptura con sus tradiciones estaba llamada a ensanchar la base electoral del PCE y, en general, su in-

fluencia en la sociedad, así como a reconciliarle con los llamados *poderes fácticos.*

Pero, por otro lado, los resultados no han correspondido a los sacrificios realizados. Los avances han sido pocos y el precio alto, mientras el PSOE y la UGT mejoraban incesantemente sus posiciones.

Las reacciones frente a los fracasos cosechados han sido de muy diverso tipo. Ha habido un sinfín de abandonos de la militancia y una considerable desmoralización en numerosos simpatizantes y militantes. Ha habido, también, como no podía ser menos, una puesta en cuestión de la línea seguida. No desde una misma óptica sino desde varias contradictorias. Algunos sectores han reclamado que se fuera más consecuentes con la política *eurocomunista,* especialmente en el sentido de abrir más el PCE hacia otras fuerzas y configurar un movimiento político más amplio. Para unos ha sido la búsqueda de un acuerdo con fuerzas de izquierda de ámbito no estatal (la fórmula de Lertxundi). Para otros, se trata de propiciar un acercamiento a fondo en dirección al PSOE (una parte de los *renovadores*). En ambos casos se intenta superar un corsé, el del PCE, que consideran demasiado estrecho. Ha habido también reacciones de izquierda. La más significativa, con mucha diferencia, es la del ala izquierda del PSUC que, tomando pie en la crítica del oportunismo de la dirección del PCE durante la transición, ha pasado a formular posiciones críticas más amplias y profundas.

La respuesta de Carrillo y del núcleo que le es más fiel ha consistido en reprimir a quienes se oponían a su línea, con el fin de salvaguardar la existencia misma del PCE, aunque fuera reduciendo sus dimensiones, y su propia posición en la dirección del mismo.

Todo ello supone o va a suponer la pérdida de numerosos militantes, especialmente en Euskadi y Catalunya, pero también, aunque seguramente a menor escala, en otros muchos sitios. Supondrá posiblemente, también, una cierta merma del área electoral, aunque en proporciones más reducidas que las del fenómeno propiamente organizativo.

Con todo y con eso, probablemente el PCE va a seguir siendo una fuerza política cuya importancia no podemos menospreciar. Posee y poseerá una influencia en sectores de la clase obrera con los que a menudo hacemos un trabajo de masas regular y con los que hemos de buscar una colaboración en muchos terrenos y una relación amistosa. La crisis del PCE no ha de llevarnos a pensar que el problema "ya está resuelto". No hemos de perder de vista, asimismo, que con la excepción de Catalunya, el movimiento de oposición a Carrillo en raras ocasiones posee un contenido de izquierda claro y que, por lo tanto, no va a suponer, en lo inmediato, un trasvase de fuerzas hacia el campo revolucionario sino, más bien, un abandono de la militancia o un acercamiento de diversos sectores hacia otras líneas reformistas. Tampoco hemos de ignorar que, el hostigamiento del que es objeto el PCE, motivará seguramente en muchos de los militantes que permanezcan en él una actitud defensiva y a veces más sectaria, que hemos de poner mucho cuidado en no alimentar más con nuestro propio sectarismo.

En términos generales, hablando ya de la izquierda histórica en su conjunto, observamos una tendencia que viene desarrollándose en el curso de la transición. Esta tendencia se puede caracterizar como de progresivo deterioro de la posición de la corriente que tuvo una mayor representatividad y fuerza bajo el franquismo —el PCE- y de ascenso de la del PSOE, a su vez más y más fiel a una línea política coherentemente social-demócrata.

A partir de aquí se plantea un nuevo problema: la posibilidad de que este ascenso del PSOE le permita alcanzar una mayoría electoral y formar Gobierno. De ello nos ocuparemos después.

5.— Los movimientos de masas

En el último período se han ido configurando algunos *fenómenos y tendencias*

que, aún dentro de sus límites, *poseen un carácter notablemente positivo.*

Hay que citar, en este sentido, la aparición del movimiento contra la OTAN y contra la amenaza de guerra, que tiene un alcance movilizador, unitario, de izquierda e incluso organizativo notable, aunque de desigual importancia y desarrollo. Si bien se trata de un movimiento relativamente reciente y ciertamente atravesado por múltiples contradicciones, representa uno de los principales avances del movimiento popular en estos últimos años.

El movimiento antifascista, aunque está lejos de alcanzar unas dimensiones y un dinamismo correspondientes con la envergadura del peligro fascista, ha hecho algunos progresos a raíz del 23 de Febrero. La conciencia antifascista, un tanto adormecida anteriormente, ha resurgido en algunos sectores y se han podido impulsar plataformas organizadas antifascistas (comités antifascistas u otros) cuya acción converge con las anteriormente existentes (comités pro-libertad de expresión...). Se trata, desde luego, de un fenómeno de alcance limitado, a menudo circunscrito a sectores minoritarios muy avanzados, pero que merece la pena resaltar puesto que anteriormente la situación al respecto estaba aún más en pañales.

Se mantiene, e incluso por períodos crece, el movimiento popular radical vasco, que sigue representando uno de los componentes más destacables del campo de lucha contra el actual Estado y contra el capitalismo. Asímismo, es en Euskadi donde existe un movimiento ecologista más amplio y arraigado.

En varias nacionalidades se ha registrado una cierta reanimación de la lucha por los derechos nacionales.

A partir de las luchas estudiantiles del 79, sectores muy jóvenes se incorporan a diversas formas de actividad política, con una gran dosis de rebeldía y radicalismo. Pese a carecer de experiencia política y a estar desvinculados de lo que fue la lucha antifranquista, están despertando con fuerza a la política. Entre quienes vivieron los primeros años de la transición y cayeron después en la pasividad y el escepticismo se observan también algunos síntomas de recuperación. De un modo general sigue registrándose en la juventud un amplio rechazo a la actividad establemente organizada.

El movimiento feminista se ha afianzado en cierta medida en el último período, aunque se dan también situaciones de estancamiento en diversas organizaciones. En general, ha animado una actividad prolongada, muy especialmente contra los juicios por aborto. La situación del Partido y de las militantes que en él trabajan, ha mejorado sensiblemente, en relación con las dificultades que se manifestaron tras las Jornadas de Granada. Se ha atenuado bastante el sectarismo anti-MC, aunque siguen existiendo recelos en algunos sectores, y la práctica unitaria se ha reforzado.

En general, y aunque esto no siempre se traduzca en resultados tangibles, se han reforzado los elementos capaces de unificar a los movimientos populares, si bien sigue dándose en no pocos de ellos un acusado particularismo.

Pero, junto a todo esto, persisten o aparecen *aspectos negativos que manifiestan una considerable debilidad de los movimientos de masas.* Podemos mencionar unos cuantos importantes referidos al movimiento popular en general, dejando a un lado la situación específica del movimiento obrero, en la que nos detendremos después.

Un elemento negativo es, antes que nada, el bajo nivel de actividad, de combatividad, de organización de los movimientos populares en general. Esto, a pesar de señaladas excepciones que no modifican la situación de conjunto, era así antes del 23 de Febrero y sigue siéndolo después. En cierto sentido, la paralización es mayor, si bien al propio tiempo, contradictoriamente, se desarrollan movimientos —singularmente el de oposición a la OTAN— de innegable envergadura.

En amplios sectores de las masas, el 23 de Febrero, y la derechización ulterior, el endurecimiento de la patronal, etc., no han provocado reacciones positivas sino negativas, de miedo, frustración, desánimo, escepticismo. En mucha gente se ha instalado una conciencia de cierta impotencia frente a tantas amenazas, lo que a veces genera una renovación de la confianza en soluciones exteriores a la propia actividad de las masas (por ejemplo, la esperanza en una victoria electoral del PSOE).

La campaña "antiterrorista" de instituciones y partidos mayoritarios, en unas condiciones de miedo-ambiente entre las masas y siendo el que es el nivel de conciencia popular sobre el particular, ha propiciado, salvo en Euskadi, una creciente oposición a la actividad de ETA y, no pocas veces, una animadversión hacia el pueblo vasco, aunque este fenómeno ha perdido peso en los últimos meses. Lo cual no es incompatible, por cierto, con la radicalización de signo contrario que se ha registrado en algunos sectores revolucionarios minoritarios.

Persisten, en fin, hechos negativos muchas veces constatados, como son: la parcelación y división de los movimientos populares (aunque, como decíamos, han brotado posibilidades de ir reduciéndolas); el aislamiento considerable del movimiento revolucionario; un corte notable entre los sectores radicales minoritarios y las gentes con un nivel de conciencia intermedio o atrasado; una separación entre las generaciones que participaron en la lucha contra el franquismo y las posteriores.

En relación con la *situación por la que atraviesa el movimiento obrero*, podemos señalar lo que sigue.

De un modo general, hay que constatar la acentuación del reflujo en que se encuentra. Ha aumentado la desmovilización, el sentimiento de desmoralización y las tendencias a la pasividad.

El efecto sicológico del 23 de Febrero y la situación posterior a él, la actitud desmovilizadora de los sindicatos y su abierta colaboración con el poder y la patronal, la firma del ANE... son factores de primera importancia en la agravación del reflujo.

Por lo que respecta a los sindicatos, se ha hecho mayor su debilitamiento como instrumentos de organización de las masas trabajadoras: la desafiliación y la pérdida de actividad militante se han agudizado notablemente. En el caso de CC.OO. este fenómeno tiene unas dimensiones particularmente graves, yendo en paralelo con la instalación del sindicato, de una manera ya acabada, en la política sindical de UGT, con la acentuación de sus rasgos burocráticos y con el incremento de las medidas represivas contra las posiciones revolucionarias.

Hay que señalar también el retroceso que ha sufrido en general el trabajo feminista en el movimiento obrero —retroceso del cual constituye una expresión la pésima situación en que se encuentra la casi totalidad de las Secretarías de la Mujer de CC.OO.—, en un momento en que la crisis golpea tan duramente a la mujer y de ofensiva ideológica de la derecha de magnitud internacional.

Las actitudes combativas y de resistencia de masas no han desaparecido totalmente, sin embargo. A lo largo del año se han dado luchas combativas, vinculadas por lo general a problemas de expedientes de crisis, reconversiones empresariales o reestructuraciones sectoriales. Tal es el caso de las importantes luchas obreras del pasado mes de Noviembre (huelga general del metal en Euskadi, Sabadell y Getafe). No obstante, no se trata todavía de un fenómeno generalizado y resulta difícil prever cuál va a ser su evolución en el futuro inmediato.

Por último, hay que señalar también, como aspecto positivo, el desarrollo dentro de CC.OO. de posiciones de izquierda, sustentadas por militantes del PCE. En primer y destacado lugar en Catalunya, pero también —aunque con contenidos mucho más difusos y con una fuerza más reducida— en algunas otras zonas.

Terminaremos este apartado aludiendo a la *situación del movimiento popular radical vasco,* uno de los elementos que más influencia tienen sobre el conjunto de la situación en el Estado Español.

Hay que constatar, por de pronto, que la situación en Euskadi está lejos de poder absorber o neutralizar a este movimiento. Por el contrario, posee unas características susceptibles de generar resistencias que van a seguir nutriéndolo.

Bajo este ángulo, puede mencionarse la incapacidad del régimen para abrir un terreno de negociación, esto es, de concesiones, capaz de satisfacer demandas tales como la de amnistía. La situación creada tras el 23 de Febrero hace aún más angosto el margen de maniobra del Gobierno. En lugar de eso, la represión se acentúa. La tortura es sistemática, las manifestaciones son en casi todos los casos perseguidas, la presión judicial es creciente, los controles policiales no desaparecen. A ello se agrega la presencia del dispositivo militar en la frontera, y a veces lejos de ella, y la constante amenaza de extensión de la intervención militar.

Hay que aludir también a la vía muerta en que se encuentra el proceso autonómico, más aún después de la gestación de la LOAPA. El PNV se encuentra encajonado, encabezando un proceso estéril, sin posibilidades de suscitar el menor entusiasmo popular por el mismo.

Es de señalar también la gravedad de la crisis económica: un 22,5 por ciento de la población activa en paro (más de doscientas mil personas); expedientes de crisis generalizados; descenso en el último año de un 2 por ciento del Producto Interior Bruto y de un 0,7 por ciento del consumo interno... No existen, por otro lado, perspectivas de superación en un marco estatal e internacional donde la crisis no ve salida y con una industria vasca que, en buena medida, se ha quedado muy anticuada.

En estas condiciones, el movimiento radical popular experimenta una evolución contradictoria.

Por una parte, sigue existiendo en sectores populares importantes un ambiente favorable a posiciones radicales. El área de influencia de Herri Batasuna se mantiene y hasta crece. En ocasiones, especialmente frente a las agresiones policiales, el sector radical se amplía aún más y manifiesta una capacidad de movilización notable.

Pero, por otra parte, la actividad represiva ha obtenido algunos resultados, lo que ha reducido las posibilidades del movimiento.

En relación con ETA, hay que aludir al escaso número de atentados realizados en los últimos meses. Es difícil interpretar, no obstante, en qué medida se debe esto a las necesidades derivadas de reajustes organizativos y en qué medida corresponde a una modificación parcial de su táctica.

6.— Situación económica

Una frase la puede resumir: se prolonga y profundiza la crisis, sin que existan perspectivas serias de recuperación.

Durante 1981, el Producto Interior Bruto se quedará por debajo del 1 por ciento de crecimiento. La inflación se mantendrá a niveles similares a los del año pasado (alrededor del 15 por ciento). La reducción de puestos de trabajo superará ampliamente la cifra de 300.000 (al final del primer semestre llegaba ya a 193.800); la población activa se reducirá en más de 100.000 personas y el paro real se incrementará con unos nuevos 500.000 parados (el oficial rondará ya los 2.000.000). El endeudamiento exterior se dispara de forma imparable (los pagos por servicios del exterior están creciendo a un ritmo anual superior al 23 por ciento) y lo mismo ocurre con el déficit del sector público, que probablemente alcanzará a fines de año los 800.000 millones de pesetas. La inversión ha experimentado una cierta recuperación (un crecimiento del 2,3 por ciento en los cinco primeros meses del año), pero este cambio es *débil y parcial* (se debe fundamentalmente al sector de bienes de equipo).

Las perspectivas para el año próximo no son muy diferentes. Y ello a pesar de que el gobierno —en una operación claramente electoralista— ha presentado unos presupuestos "reactivadores", con un aumento de la inversión pública de un 12 por ciento en términos reales, y un déficit público de 700.000 millones de pesetas (que superará en la realidad el billón de pesetas). Sin embargo, la previsión de crecimiento del PIB en un 3 por ciento carece absolutamente de credibilidad. No cabe esperar cambios sensibles en la marcha de la inversión privada ni que se cumplan los aumentos previstos (+ 6,5 por ciento) en las exportaciones. El crecimiento del PIB por debajo del 3 por ciento supondrá una agravación mayor del déficit público y un relanzamiento de la inflación.

La persistencia de la crisis ha reforzado notablemente las presiones para la adopción de una política económica de corte abiertamente neoliberal (al estilo de la practicada por Reagan y Margaret Tatcher): reducción drástica del déficit público, reducción de la presión fiscal, reducción a fondo del capítulo asistencial de los presupuestos (aportaciones al seguro de desempleo, pensiones, Seguridad Social, guarderías laborales) y mayor desarrollo de la legislación favorable a la flexibilización de plantillas, a la no incorporación de la juventud al trabajo y al abandono de la actividad asalariada por parte de las mujeres. En esta línea van las presiones de la CEOE. De hecho son compartidas en las esferas gubernamentales (aunque las características de 1982 como año preelectoral las hayan llevado a no lanzarse ya por esa vía). Obviamente, se trata de un programa económico que requiere una mayor derechización política y que está en abierta contradicción con una posible gestión gubernamental del PSOE.

7.— La democracia burguesa, pendiente de un hilo

Las páginas precedentes ponen de relieve un problema de gran transcendencia, refiriéndonos al cual comenzábamos este capítulo: *¿hasta qué punto es viable, en el Estado español, la consolidación de un régimen democrático-burgués, similar a los existentes en Europa occidental?*

La tesis que hemos avanzado es que tal viabilidad es muy dudosa, registrándose hoy una corrección derechista del cuadro democrático-burgués inicial, con, como telón de fondo, el peligro considerable de que todo el poder político sea asumido por los militares.

Ello es el resultado de la presencia preponderante de fuerzas ultrarreaccionarias —Ejército y patronal, muy especialmente—, en condiciones de crisis aguda del sistema político y de crisis económica profunda y prolongada, y en un marco internacional caracterizado por el aumento de la tensión entre los bloques y de creciente peligro de guerra generalizada (en el próximo capítulo contemplaremos los elementos principales del contexto internacional).

Podemos suponer que en determinadas condiciones, hoy puramente imaginarias, las cosas podrían tomar un rumbo distinto. Tal ocurriría si, pongamos por caso, el movimiento constitucionalista existente —que lo hay— fuera más activo, tuviera más apoyos sociales o una mejor implantación en los aparatos estatales. O si se produjera una reactivación económica a corto plazo. O si una parte considerable del Ejército fuera ganada milagrosamente para una ideología liberal. O si, dentro de estas hipótesis de ficción, se ejerciera sobre el Estado español una fuerte presión exterior en un sentido democrático.

Pero, volviendo a poner los pies sobre la tierra, no existe ninguna razón para esperar que se produzcan modificaciones apreciables en ninguna de las direcciones apuntadas.

De ahí que nuestra conclusión es que *la tendencia dominante no se halla en el desarrollo democrático del régimen político sino en su degradación antidemocrática.*

Dentro de ello, existen factores contrarios a un total desmantelamiento del cuadro parlamentario-monárquico-constitucional. Esos factores están actuando ya en diversos sentidos: contribuyendo a posponer las intentonas golpistas, rebajando algunos proyectos militaristas, creando contradicciones entre diversas corrientes militares...

Entre esos factores hay que destacar los inconvenientes que presentaría una liquidación del cuadro constitucional, el cual podría tener que ser restaurado posteriormente de cara a proseguir el proceso de integración en la Comunidad Económica Europea. Asímismo, en el ánimo de algunos de los adversarios del régimen actual pesa la incertidumbre sobre los grandes problemas a los que un golpe no sabría dar respuesta: cómo afrontar la crisis económica, cómo obtener una base social de apoyo para un régimen militar, cómo preservar la monarquía, cómo evitar que frente a él se alzaran nuevas resistencias populares, hasta qué punto un régimen de ese tipo podría zanjar el problema de Euskadi... El momento actual, además, añade un problema más: el de la incorporación a la OTAN: un golpe militar que rompiera la legalidad constitucional podría auspiciar el veto de varios parlamentos europeos. Otra cosa sería, claro está, después de que la incorporación se hubiese llevado a cabo.

Estas razones y otras del mismo tipo favorecen ya sea un aplazamiento de los planes golpistas ya sea una atenuación de sus vertientes más anticonstitucionales. Pero, no podemos ignorar que, *a pesar de estas razones, en el Ejército laten tendencias golpistas muy poderosas que a menudo no escuchan la voz de la razón y que están movidas por un acusado fanatismo antidemocrático.* Un pudrimiento de la situación actual podría empujarles a dar un golpe, incluso un golpe abiertamente anticonstitucional, por más que ello "no fuera razonable".

En cualquier caso, lo esencial es que no hay fuerzas capaces de frenar el ascenso del militarismo reaccionario y que, por parte de éste, se manifiesta una firme voluntad de controlar más y más la situación.

¿Hasta qué punto, en estas condiciones, será posible el mantenimiento del cuadro constitucional actual? ¿Qué tiempo puede estar aún sin actuar el sector más fascista del Ejército? ¿Qué fórmulas intermedias existen entre lo actual y un régimen militar enteramente anticonstitucional? Estas y otras preguntas análogas son difíciles de responder. Lo que está claro, de cualquier modo, es que en nuestro horizonte no debemos descartar ninguna de las hipótesis que se desprenden del análisis de la situación que acabamos de hacer. Desde una prolongación de la situación que hoy conocemos, aunque con una marcada evolución derechista de la misma, hasta un golpe militar anticonstitucional, pasando por fórmulas de compromiso entre lo uno y lo otro.

La supervivencia de un Gobierno como el actual, en un cuadro político similar al presente, llevaría consigo, en cualquier caso, elementos tales como:

- Una acentuación de la línea de "gran derecha" por parte del sector dominante de la UCD, lo que, además de una consolidación del actual curso derechista, podría suponer la celebración de elecciones anticipadas.

- La prosecución del proceso de ingreso en la OTAN.

- Un endurecimiento de la política del Gobierno en —y contra— Euskadi. La tentación de "echar carnaza" al golpismo militar no ha desaparecido; al contrario. Además, como antes apuntábamos, la política del Gobierno hacia Euskadi no reposa sobre "hábiles maniobras políticas" (que no contarían con el visto bueno militar) sino sobre un aumento de la tensión represiva.

- Dentro del endurecimiento general de la política del Gobierno hay que tener muy presente la posibilidad de que tome medidas específicas contra varias organizaciones revolucionarias, entre ellas la nuestra, incluyendo entre esas medidas su ilegalización.

Existe, sin embargo, lo decíamos antes, una cita que pone en peligro seriamente la supervivencia del Gobierno actual. Son los procesos por la intentona del 23 de Febrero. En la situación actual el Gobierno no solo carece de voluntad sino también de poder para castigar a los culpables. El Ejército no lo toleraría. En tales circunstancias es posible o bien un aplazamiento de los mismos o bien su celebración y la imposición de unas penas puramente simbólicas. Pero puede suceder también que, antes de llevarlos a cabo, se produzcan cambios políticos de importancia, en el sentido de incorporar a militares representativos al Gobierno para que ellos se hagan cargo del problema.

Por lo que a nuestra posición respecta, nos situamos en una perspectiva que contempla desde una eventual continuación de nuestra labor en la legalidad y en un marco como el actual hasta la realización de un golpe de Estado militar que barriera dicho marco, sin olvidar que, entre lo uno y lo otro, pueden producirse situaciones relativamente variadas que exigirían de nuestro Partido un esfuerzo notable de adecuación a las mismas.

Esta perspectiva que admite diversas salidas a la situación actual es fuente de no pocos problemas y contradicciones. Lo hemos podido comprobar en el último año. Pese a todo, hemos de reafirmarnos en la voluntad de asumir esas contradicciones y seguir orientándonos en varias direcciones simultáneamente.

CAMBIOS EN LA SITUACION INTERNACIONAL

Nos detendremos en aquellos aspectos especialmente relevantes y que influyen en mayor grado sobre nuestra actividad política.

1.– Aumento de la tensión entre los dos bloques

■*Por parte de los Estados Unidos,* ya los dos últimos años de la presidencia de Carter suponen un endurecimiento en la política internacional. El mismo es particularmente acusado a partir de la intervención soviética en Afganistán, que, unida al derrocamiento del Sha a comienzos de 1979, modifica sustancialmente las posiciones de los Estados Unidos en la región del Golfo. El hundimiento del régimen de Somoza, en Nicaragua, dará pie, asimismo, a una reacción contraria a lo que la Administración Carter llamó *política de derechos humanos.*

En términos generales, este viraje en la política exterior norteamericana refleja el relativo fracaso de Carter para consolidar las áreas de influencia y mantener el reparto anterior, así como la crispación de la burguesía norteamericana frente a la crisis económica occidental y también frente a los peligros que amenazan a Occidente en lo tocante al abastecimiento en fuentes de energía y en materias primas procedentes de la periferia.

Con el acceso de Reagan a la presidencia toma cuerpo una política que agravará seriamente la tensión internacional, tensión incrementada en el pasado mes con el golpe militar de Polonia y con la anexión del Golán por el Estado sionista de Israel. Los componentes más importantes de la política de Reagan son los que siguen.

a) En relación con las armas nucleares se sustituye la *actitud negociadora* por una manifiesta *voluntad de empleo* de las mismas. Los acuerdos sobre la limitación de las armas nucleares estratégicas (SALT II), firmados por Carter pero no ratificados por el Senado norteamericano, parecen empantanarse, desapareciendo el propósito, anteriormente existente, de profundizar en cualquier tipo de negociación de estas características..

b) La nueva Administración baraja como una hipótesis estratégica plausible —y no absolutamente negativa para los Estados Unidos— la posible confrontación entre el Este y el Oeste sobre el teatro europeo. Aunque esa posible guerra presenta evidentes riesgos de extensión y supone, por consiguiente, una amenaza para los propios Estados Unidos, no hay que olvidar que éstos obtendrían un beneficio notable de esa guerra: liquidaría a Europa Occidental en tanto que rival económico del imperio norteamericano y asestaría un duro golpe a la URSS, reforzándose así la posición mundial de los Estados Unidos.

c) La "lucha contra el terrorismo", es decir, la acción contrarrevolucionaria, prevalece sobre la "política de derechos humanos", esto es, la utilización de bazas reformistas para contrapesar la influencia del movimiento revolucionario (no reconocimiento del golpe de Estado boliviano del coronel Natusch; tentativa de sustituir a Somoza a través de una "reforma política" antes de que fuera derrotado por el sandinismo, etc.). La represión domina sobre la maniobra política. La intervención militar de fuerzas estadounidenses para ahogar procesos revolucionarios se contempla como una posibilidad muy real, en Centroamérica o en otras zonas. La existencia de regímenes favorables a los Estados Unidos, estables y seguros, cuenta más que el carácter democrático o antidemocrático de tales regímenes. Así, el golpe de Estado de Turquía gozará, de inmediato, de todos los beneplácitos y el nuevo golpe militar boliviano ya no encontrará la oposición norteamericana con que tropezó el anterior.

d) Se programa un enorme esfuerzo armamentista y de reforzamiento del dispositivo bélico, que implica desde la fabricación de la bomba de neutrones, hasta el desarrollo del arsenal nuclear estratégico, pasando por las armas nucleares de alcance medio y por la ampliación de las fuerzas de intervención inmediata.

e) Se practica una política más agresiva y dominante en diversas zonas. Se refuerza la cooperación con China, incluyendo en ella aspectos militares, con lo que se somete a la URSS a una presión creciente. Se propicia una ampliación de la OTAN, urgiendo el ingreso en la misma del Estado español. Se acentúa la presión sobre el Golfo y el Mediterráneo Oriental (provocaciones contra Libia...). En Africa Austral, los Estados Unidos, en contra de la inmensa mayoría de países del mundo, siguen apoyando la retención de Namibia por parte de Sudáfrica y alientan la intervención de esta última contra Angola.

f) En el orden económico, los Estados Unidos combinan el liberalismo interior con un acusado "nacionalismo" de cara al exterior, que le enfrenta no sólo a numerosos países del Sur sino incluso a sus aliados europeos, perjudicados por la política comercial y monetaria de la Administración Reagan.

■ *Por parte de la Unión Soviética,* sobresalen los siguientes centros de interés:

a) Contrarrestar la presión de los Estados Unidos y de sus aliados, ya sea mediante la intervención directa de sus fuerzas (como es el caso de Afganistán), ya sea a través de los apoyos concedidos a fuerzas de diversas regiones del globo que se enfrentan a las potencias occidentales. En términos generales, la Unión Soviética ha venido siendo partidaria más bien de una *estrategia indirecta* que de una *confrontación directa* con la alianza occidental.

b) Reforzar el propio dispositivo bélico, a fin de evitar una posición demasiado desfavorable. Los planes armamentistas norteamericanos pueden dejar a la Unión Soviética en una situación de neta inferioridad mediada la década actual. Para tratar de evitarlo, ésta ha de incrementar sus gastos militares, con lo que se acentuará un problema que ya hoy en día es muy grave, cual es la seria contradicción existente entre el esfuerzo militar de la URSS y sus limitaciones económicas. Si bien el crecimiento económico global ha descendido en los últimos años (7,7 por ciento de media anual entre 1966 y 1970; 3,9 por ciento de media entre 1976 y 1979 y quizá un 2 por ciento o algo más en los primeros años ochenta), los gastos de defensa han venido creciendo un 4 por ciento anual o más. De seguir así —y parece inevitable para no quedar rezagada con respecto a los Estados Unidos—, el porcentaje de estos gastos dentro del PNB va a seguir creciendo, sustrayendo recursos para otros sectores e implicando un deterioro del nivel de vida para la población, lo que, a su vez, es un factor notable de descontento popular.

c) La URSS ha venido consagrando esfuerzos notables al ensanchamiento de las zonas de actividad económica, diplomática, militar... en el mundo. La necesidad de asegurar su abastecimiento en primeras materias y su voluntad de continuar arrebatando zonas de influencia al contrario, inducirán a los dirigentes soviéticos a seguir librando batallas contra los Estados Unidos a través de combatientes interpuestos e, incluso, de su acción directa: la intervención soviética en Afganistán, además de ser una iniciativa destinada a romper el cerco norteamericano, tiene implicaciones evidentes en relación con el Golfo (zona que alberga el 40 por ciento de los recursos petroleros mundiales). Aunque hasta el presente la URSS ha satisfecho sus necesidades en petróleo con su propia producción, sus reservas se están agotando —o bien el alejamiento de los pozos encarece sensiblemente los costos de explotación— por lo que parece previsible que, en los próximos años, la Unión Soviética pasará a importar petróleo. Su capacidad para influir sobre los países productores puede ser determinante en su abastecimiento futuro.

d) Uno de los principales problemas que tiene ante sí la URSS es el de las tendencias disgregadoras que se manifiestan dentro de su mismo bloque. La evolución de los

acontecimientos en Polonia por más que no plantea, de momento al menos, un problema de desenganche de este país del Pacto de Varsovia, sí pone sobre la mesa un problema de inestabilidad del sistema político imperante en el Este de Europa, cuya influencia no ha de encerrarse dentro de las fronteras polacas. Frente al debilitamiento de su hegemonía en el Este, la URSS aplica una política doble. Por un lado, ha consagrado su atención a un desarrollo de la integración económica, integración no establecida ya, como en el pasado, en términos de expolio económico manifiesto, y que, en varios aspectos, implica incluso un costo económico para la URSS, que ha de soportar sobre sus espaldas una parte de las debilidades económicas de los países del Este (por ejemplo, su insuficiencia energética), so pena de ver aumentar en ellos la influencia occidental. Por otra parte, la URSS sigue ejerciendo una notable presión política y militar sobre tales países.

e) El desarrollo de la cooperación económica con el Oeste es, en fin, otra de las grandes direcciones de la política exterior de la URSS. Es una cooperación que brinda a esta última la posibilidad de contar con una tecnología superior a la propia y de elevar la productividad del trabajo, una de las deficiencias más notables de la economía soviética.

A grandes rasgos, y mirando ya en su aspecto general la relación entre los dos bloques, se puede hablar de una pérdida de peso de la distensión y de un incremento considerable de la tensión.

La distensión, que sirvió de marco para iniciativas diversas (SALT I y SALT II, Acuerdos de Camp David, solución negociada de la situación crítica en Zimbabwe...), no ha desaparecido ni mucho menos de la escena internacional. Y así vemos como ha cobrado un notable relieve el Plan Saudí para el Oriente Medio, aunque ciertamente es inseguro que pueda ganar a corto plazo apoyos imprescindibles para llevarse a la práctica.

La tensión tiene como base el agotamiento y la esterilidad de los medios diplomáticos y relativamente pacíficos, en general, y la agudización de la lucha por la primacía militar, por el ensanchamiento de las áreas de influencia y por el reparto del mundo. La crisis del mundo occidental y la amenaza de desabastecimiento energético han dado una particular virulencia al antagonismo entre los dos bloques. A ello han contribuído también las dificultades económicas y las tendencias disgregadoras del bloque del Este.

En el momento actual es probable una mayor utilización de la guerra por parte de ambos campos. Guerras locales en la periferia, en primer lugar. Guerras sin intervención directa o con intervención directa de uno de los bloques, pero no de los dos, muy probablemente. Pero, no cabe descartar un enfrentamiento directo sobre escenarios exteriores, de ambos campos, el cual podría generar una ampliación del teatro bélico en dirección a las zonas centrales (Europa, en particular, en tanto que zona exterior última de una posible guerra entre las dos grandes potencias, antes de recurrir a una acción contra sus propios territorios).

La dificultad para controlar el desarrollo de tal guerra y, por lo tanto, los peligros que entrañaría para los EEUU y la URSS es, sin duda, un factor que, al menos hasta el presente, ha desempeñado un marcado papel disuasorio.

2.– Agudización de las contradicciones inter-atlánticas

En el interior del bloque atlántico ya no es solamente Francia quien mantiene una actitud de cierta reserva. Los puntos de fricción se han desarrollado en los últimos años y en no pocas ocasiones se han mostrado divergencias entre los dos lados del Atlántico.

Los puntos de fricción son hoy bastante diversos. No nos referiremos a todos ellos (dejaremos a un lado incluso algunos de cierta envergadura, cuales son los que los

EEUU han creado con la Comunidad Económica Europea a causa de los elevados tipos de interés aplicados por Norteamérica, o de las medidas estadounidenses destinadas a limitar las exportaciones de acero de la Comunidad, o de la agresividad mostrada por los Estados Unidos hacia la política agrícola de la CEE). Nos limitaremos a señalar aquí tres esferas particularmente conflictivas: el sistema de defensa, las relaciones económicas con el Este y la política hacia ciertas zonas de la periferia.

■ *a) El sistema de defensa.*

En especial desde la instalación de los misiles soviéticos de alcance medio SS 20, en 1977, han aumentado los riesgos para Europa de verse envuelta en una guerra nuclear. La supuesta protección que suministrarían los misiles intercontinentales norteamericanos aparece, por otro lado, como algo extremadamente dudoso, tanto más cuanto que en Estados Unidos no prima una voluntad de poner en peligro su propio territorio, su población y sus recursos por defender a Europa occidental.

Los Estados Unidos han propiciado una respuesta a dicha instalación, consistente en el despliegue sobre cinco países de Europa occidental del armamento nuclear llamado *de teatro* o *euroestratégico:* los ya célebres misiles Pershing y Cruisse. El plan para este despliegue, aprobado por la OTAN en 1979, ha contado con la adhesión de la RFA y de Gran Bretaña, pero no ha sido ratificado todavía por otros dos países implicados: Bélgica y Holanda, lo que ya da una idea de las reservas existentes con respecto a la estrategia europea de los Estados Unidos.

En realidad, lo que se está manifestando es una oposición (que ha adquirido gran importancia en la opinión pública pero que abarca también a las fuerzas gobernantes) al propósito norteamericano de hacer de Europa occidental una primera barrera en una eventual guerra con la Unión Soviética, desviando la confrontación de su propio suelo.

Tal oposición se expresa también en las resistencias de varios países a aumentar en un 3 por ciento sus gastos de defensa para 1980, según se había acordado.

Si bien no se puede hablar, en la actualidad, de una disgregación del bloque occidental, sí se registra un apreciable debilitamiento de su cohesión.

Francia, desenganchada en 1966 de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (aunque sigue formando parte del Tratado), ha reactivado, tras la victoria de Mitterand, una política defensiva más independiente, cuyos componentes principales son: la no aceptación de hecho de la solidaridad defensiva (si un país de la Alianza es atacado, Francia no se considera necesariamente atacada), la negativa a desplegar fuerzas nucleares francesas en Alemania, un reforzamiento del armamento nuclear francés independiente (contemplado como medio para disuadir al contrario de no atacar a Francia, no a otros países), la fabricación de cargas neutrónicas. En *Alemania Federal,* la conciencia de que se está poniendo en juego la supervivencia nacional se ha extendido en la población y ha penetrado en los distintos niveles del Partido Socialdemócrata, donde aumentan las reticencias frente a la nuclearización del país. En *Dinamarca,* el Partido Socialdemócrata, en el Gobierno, auspicia la formación de una zona desnuclearizada en el Norte de Europa y una negociación entre las dos grandes potencias encaminada a reducir las armas nucleares de medio alcance en Europa. En *Gran Bretaña,* la mayoría del Partido Laborista se ha pronunciado a favor del desarme nuclear unilateral...

■ *b) Las relaciones económicas entre el Oeste y el Este.*

Esta es otra área donde se han acentuado las contradicciones entre los Estados Unidos y Europa occidental.

A partir del embargo decretado por Carter, tras la intervención soviética en Afganistán, las exportaciones norteamericanas hacia la URSS se restringieron considerablemente (como sucederá ahora con las medidas adoptadas por Reagan tras el golpe militar en Polonia), no así las de Europa Occidental. Antes del embargo, los Estados Uni-

dos eran el segundo país en cuanto al volumen de los intercambios comerciales con la URSS; hoy ocupan el sexto lugar.

La RFA, a los doce años de haber iniciado la apertura hacia el Este (la *Ostpolitik)*, ha entretejido sólidos intereses económicos con los países del Pacto de Varsovia, inclusive con la URSS. Mientras las exportaciones americanas hacia la Unión Soviética caían, las alemanas ascendían con fuerza: en el primer semestre del 79. Hoy, el comercio de la RFA con los países del Este equivale al de los restantes miembros de la Comunidad Económica Europea juntos. Alemania Federal tiene un interés especial en preservar las condiciones para proseguir esta política y desarrollarla, una política que da salida a un apreciable volumen de productos manufacturados y de tecnología, permitiendo conseguir unos excedentes comerciales que palían su déficit energético.

Francia se ha beneficiado del embargo americano incrementando seriamente sus exportaciones hacia la URSS (un 41 por ciento de aumento en el primer semestre del 80 con respecto al mismo período del año anterior). Actualmente, en lo tocante al volumen del comercio con la URSS, está en el segundo puesto mundial, detrás de Alemania Federal y delante de Japón.

Gran Bretaña es, ciertamente, el país que se alinea más estrechamente con los Estados Unidos. Tiene bastante que ver con ello el creciente grado de independencia que han dado a este país los yacimientos petrolíferos del Mar del Norte, lo que le permite una actitud más distante en relación con los recursos soviéticos y de otros países aliados de la URSS.

■*c) Actitud hacia determinadas zonas de la periferia.*

Europa occidental tiene, por un lado, acuciantes necesidades en materia de abastecimiento de primeras materias (muy singularmente de petróleo). Estas materias se encuentran a menudo en países con los que la Unión Soviética tiene buenas relaciones o que se hallan enfrentados en algún grado a los Estados Unidos. En estos casos, los países europeo occidentales tienden a asegurar sus suministros, al precio a veces de concesiones políticas y de acentuar sus contradicciones con los Estados Unidos. Por otro lado, los países de Europa occidental se mueven en una dinámica imperialista, marcada por sus intereses específicos. Cuando estos intereses coinciden, hay una política común de Europa occidental. Si coinciden con los Estados Unidos, hay una política común transatlántica. Pero cuando esos intereses chocan, dan lugar con frecuencia a políticas divergentes.

Los problemas de abastecimiento energético y de primeras materias (puestos de especial relieve por la llamada crisis del petróleo) y las dificultades derivadas de la actual crisis económica, empujan a los países europeos, en general, a "buscarse la vida" por su cuenta (asegurar suministros y precios favorables, exportar capitales en mayor medida, hallar nuevos mercados para sus productos...), aunque ello origine contradicciones crecientes con los Estados Unidos, como acaba de ocurrir con la negativa europea a formar un frente con los EEUU contra Libia.

La actitud de la Internacional Socialista —bastante representativa de los intereses del capitalismo alemán y nórdico— hacia Nicaragua y Centroamérica, hacia el Sahara o hacia las dictaduras militares latinoamericanas no es ajena a estas contradicciones. Como tampoco lo fue la Declaración Franco-Mejicana sobre El Salvador, en la que se reconocía al Frente Democrático Revolucionario como "fuerza política representativa". Parecido sentido tuvo la ausencia de apoyos europeos a la fallida operación de los Estados Unidos en Irán para recuperar los rehenes americanos. O la no identificación europea con los Acuerdos de Camp David firmados entre Israel y Egipto, bajo el patrocinio de los Estados Unidos, pero rechazados por el grueso de los países árabes productores de petróleo. Otro tanto significa la "insolidaridad" europea con los Estados Unidos en su política para el Africa austral...

En suma, los intereses particulares chocan a menudo con los intereses de la alianza y, en las actuales circunstancias, los intereses de ambos lados del Atlántico se han alejado más que en el pasado.

Resulta difícil prever el alcance que, en el período venidero, pueden alcanzar las contradicciones señaladas. Un posible ascenso de la izquierda en las próximas elecciones, puede prolongar el efecto de las inclinaciones independizadoras, siempre en términos relativos claro está, manifestadas tanto en Francia como, más recientemente, en Grecia, con el triunfo electoral del PASOK.

En cualquier caso, no se vislumbra en el horizonte esa Europa occidental unida, independiente, no alineada, capaz de jugar un papel auténticamente diferenciado con respecto a los Estados Unidos, que a veces se pinta un tanto idealizadamente.

3.— El movimiento revolucionario y antiimperialista

En cuanto a su nivel de actividad, sigue destacando Centroamérica (El Salvador y Guatemala, especialmente), constatándose un cierto estancamiento o retroceso en otras áreas, salvando excepciones tales como Filipinas o el Sahara.

Con respecto a su carácter, se mantienen las constantes que hemos venido observando en los últimos años: notable diversidad ideológica y política; fuerte influencia, directa o indirecta, en numerosos movimientos revolucionarios y antiimperialistas de la Unión Soviética; división internacional acusada (por corrientes ideológicas, por zonas, etc.).

Elementos nuevos que han jugado un papel destacado en el ámbito internacional: por un lado, el triunfo revolucionario en Nicaragua, que ha venido a estimular la lucha revolucionaria en Centroamérica y, en menor medida, en toda América Latina. Por otro lado, hay que registrar el considerable reforzamiento del movimiento obrero polaco (el más activo y masivo del mundo hasta el golpe militar del mes pasado) y la persistencia de un fenómeno de resistencia armada nacional contra la URSS en Afganistán. En ambos casos se está produciendo un enfrentamiento entre la Unión Soviética y dos movimientos que —cada cual con sus defectos y contradicciones— poseen un carácter nacional. Y, en el caso polaco, una amplia base proletaria. Su existencia modifica el cuadro internacional anterior en el que la casi totalidad de los movimientos de liberación nacional estaban en pugna con el imperialismo norteamericano o sus aliados próximos.

En Europa Occidental tenemos que señalar el pujante desarrollo del movimiento contra la amenaza de guerra, movimiento que en cada país tiene características propias y que, en bastantes casos, incorpora sectores que no son de izquierda, pero que, en general, supone una reanimación de la actividad popular y abre paso a procesos de sumo interés.

Asimismo, en Irlanda del Norte y en Euskadi, se mantienen dos focos de actividad armada con un considerable respaldo popular.

Sin embargo, en términos generales, siguen sin producirse avances considerables del movimiento revolucionario en los distintos países, pudiéndose hablar, en algunos casos, de un mantenimiento del mismo, sin crecimiento propiamente dicho, y, en otros, de un deterioro más o menos profundo.

4.— Problemas que gravitan sobre el Estado español

Hemos de apuntar, en primer lugar, el creciente interés del imperialismo occidental por el Estado español. La posición del mismo, en efecto, se ha revalorizado a resul-

tas de variados factores, entre los que podemos mencionar: el aumento de la tensión internacional entre los bloques y el aceleramiento de los preparativos para la guerra en Europa; la persistencia de la crisis económica en Occidente, lo que, entre otras cosas, le lleva a dotarse de medios de presión y de control sobre el Sur, abastecedor de primeras materias; la inestabilidad en zonas mediterráneas, particularmente el Oriente Próximo y el Noroeste africano; la relativa independencia, con respecto al dispositivo de la OTAN, que mantienen Francia y Grecia, cosa que plantea la necesidad de un reforzamiento del flanco Sur de la Alianza... Todo esto contribuye a realzar el papel del Estado español, dentro del sistema bélico occidental, y a acentuar las presiones del mismo para obtener un alineamiento atlántico estricto.

Desde el punto de vista interior, este hecho actúa negativamente, en la medida en que puede propiciar una alianza de los Estados Unidos con los sectores más reaccionarios del Poder, con tal de que éstos garanticen la fidelidad española a la Alianza Atlántica.

- El previsible ingreso en la OTAN ha de afianzar las bases para nuestra actividad contra la amenaza de guerra en Europa, contra el bloque atlántico, por el no alineamiento y contra el militarismo. Abre, a su vez, un terreno de acción común con fuerzas progresistas europeas occidentales.

- En Centroamérica y en el Oriente Medio, y acaso en el Sahara, pueden producirse actividades agresivas de gran alcance por parte de los Estados Unidos, lo que reclamará una intensificación de nuestra labor de solidaridad y de denuncia del imperialismo norteamericano.

- La cuestión polaca, además de los múltiples efectos que puede tener sobre la situación internacional en su conjunto, incide seriamente sobre nuestra actividad en el Estado español, particularmente a raíz del golpe de Estado militar. Por de pronto, sobre la base de lo ocurrido en Polonia, se han agudizado sobremanera las contradicciones en el interior de la clase obrera y de los movimientos populares en el Estado español, lo que crea nuevas dificultades a la política de unidad popular que nos esforzamos por impulsar, política que hemos de seguir practicando en las presentes condiciones, sin que ello suponga una merma de nuestra posición de principio contra el golpe militar de Jaruzelsky, contra la presión soviética sobre Polonia y de solidaridad con la clase obrera polaca y su justa causa, por más que podamos no identificarnos con algunas de las expresiones de su movimiento.

- La creciente presencia del Estado español en Guinea Ecuatorial expresa una reactivación del neocolonialismo español, que debe ser objeto de denuncias claras por nuestra parte y de una solidaridad concreta con el pueblo guineano.

- Las elecciones europeas que han de celebrarse en el próximo período pueden continuar la tendencia en favor de la socialdemocracia, lo que probablemente tendrá efectos de reforzamiento de la posición política y electoral del PSOE.

Tales son las cuestiones que habremos de seguir más atentamente.

PROBLEMAS Y TAREAS

Al iniciar el primer capítulo, recordábamos la orientación central que trazamos en Mayo de 1980 para nuestra actividad política: *reforzar la capacidad del Partido para impulsar y dirigir luchas de masas y para educar, atraer, organizar y unir a los sectores populares más avanzados y combativos.*

Decíamos que el movimiento entonces promovido sigue su curso en la actualidad y debe continuar en el futuro.

En efecto, las necesidades apuntadas en esos momentos son hoy también agudas y las líneas de corrección de nuestra labor entonces esbozadas conservan plena vigencia. Las evocaremos sucintamente.

Con respecto a los *aspectos generales de nuestra actividad política,* se concretaban diversas directrices acerca de las siguientes cuestiones:

a) La selección adecuada de los temas de nuestra acción, tratando de concentrar nuestros esfuerzos sobre los puntos más decisivos;

b) La utilización de unas formas de lucha acordes con nuestro carácter de partido revolucionario y capaces de unirnos a los sectores revolucionarios de nuestra sociedad;

c) La correcta combinación de la ofensiva con la defensiva, buscando siempre pasar a la ofensiva a pesar de nuestro considerable aislamiento y de nuestra gran vulnerabilidad;

d) El empleo del método de la campaña política un tanto centralizada, tratando de evitar determinados inconvenientes que suelen ir unidos al mismo;

e) La labor de solidaridad internacionalista en el Estado español, como una de las partes integrantes de nuestra acción política regular;

f) La necesidad de mejorar nuestra actividad política mediante un uso mayor y mejor del método de la experimentación, la reflexión sobre la experiencia y la generalización de las enseñanzas obtenidas.

En lo tocante a *nuestro trabajo en los movimientos de masas* se propiciaba una corrección relativa del mismo en los siguientes sentidos:

a) Desplegar entre las masas una mayor actividad abierta y directa del Partido como tal;

b) Dedicar menos tiempo, por regla general, al trabajo administrativo y a los puestos de responsabilidad dentro de las organizaciones de masas;

c) No realizar todo el trabajo en los movimientos de masas a través de organizaciones como las CCOO o las Asociaciones de Vecinos, propiciando formas de organización y de acción no dependientes de ellas;

d) Retirar militantes de aquellas organizaciones —"vecinales, y acaso de otro tipo"— cuando han perdido "todo sentido combativo y organizativo de masas";

e) Tratar de impulsar experiencias de lucha ejemplares en los movimientos u organizaciones en los que tenemos mayor incidencia;

f) Atender especialmente el trabajo con la *izquierda de las masas.* En el *Boletín 33* se destinaba todo un apartado a esta cuestión (puntos fundamentales de nuestra política hacia estos sectores; peculiaridades de los mismos; elementos de nuestra política en los que conviene insistir más).

Un apartado del *Boletín 33* resaltaba, asimismo, la importancia que hemos de conceder a nuestra *acción en el plano de las ideas,* no sólo como una necesidad de consoli-

dación de nuestra propia militancia y realidad partidista actual, sino como condición para reforzar la labor del Partido entre las masas y entre gentes situadas en otras corrientes políticas.

Tras reafirmar la vigencia de estas directrices —e insistir en la necesidad de que no caigan en el olvido—, debemos detenernos en algunos puntos que pueden servir para concretarlas de cara al período próximo, para actualizarias o para corregirlas en cierta medida.

Vamos con ello.

1.— Algo más sobre el Partido y las masas

■Durante el próximo período, *el sectarismo* puede ser uno de nuestros principales enemigos.

En el momento presente el Partido sigue estando muy aislado políticamente. No obstante, a pesar de ello, se registran fenómenos que pueden ayudarnos a ampliar nuestra área de influencia. De hecho, en los últimos tiempos, a la vez que persiste la situación de desmovilización de las masas, se observa un relativo reforzamiento del campo radical, de un campo radical muy diverso, bastante fragmentado y con muchas contradicciones, pero que, lejos de agotarse, está ganando posiciones.

Al propio tiempo, una parte del reformismo —la representada por el PCE— ha entrado en una grave crisis.

Las posibilidades de crecimiento del movimiento revolucionario aumentan, a condición de que sepamos superar nuestras tendencias sectarias y practicar una política de aproximación paciente a otros sectores.

Para conseguir resultados en este sentido se precisa:

a) Que nos precupemos de conocer mejor a esos sectores de izquierda. Nuestro conocimiento del ámbito de influencia del PCE y de esos miles de personas que han abandonado la militancia política es, en general, muy deficiente, lo que impide hacer una política práctica. Conocemos mejor que antes a los sectores radicales que participan en los movimientos en los que actúa el Partido pero tenemos un desconocimiento grande de quienes se sitúan más lejos.

b) Que hagamos un esfuerzo de aproximación sincera a tantas y tantas personas de izquierda con las que es posible una comunicación política franca y positiva y que esperan que demos pasos en esa dirección.

c) Que acertemos a impulsar actividades y luchas que, diferenciándose en su contenido de la política reformista, puedan ser asumidas y apoyadas por el mayor número de personas, inclusive por muchas que, en tantas y tantas cuestiones, se alinean con el reformismo.

d) Que sepamos percibir las contradicciones y el movimiento de la realidad política. No hay campos definitivamente establecidos. Pocas personas son irremediablemente reformistas. Muchas gentes son alternativamente —según el problema que ocupa su atención o según el momento— reformistas o radicales. Una cosa es votar al PCE o al PSOE y otra cosa distinta secundar todas las consignas de estos Partidos.

e) Que perseveremos en nuestra labor. En los últimos años hemos podido apreciar que buen número de antiguos militantes del PCE o de otros partidos situados más a su izquierda necesitan un tiempo, a veces largo, para superar el desánimo y los recelos que generó en ellos su anterior experiencia militante. Estando junto a ellos, ofreciéndoles actividades a la medida de su disposición de ánimo, dándoles la oportunidad de madu-

rar sus ideas, muchos de estos ex-militantes pueden replantearse positivamente su militancia. Pero eso requiere un tiempo y no se consigue con prisas.

■Un problema al que hemos de seguir concediendo nuestra atención es el del *enfrentamiento,* no solo división, que se da con frecuencia *entre los sectores más radicales y los que se encuentran bajo influencia del reformismo* o más a la derecha. Este es un problema que tiende a agravarse más que a atenuarse. Lo encontramos en el movimiento sindical (gentes que se van por la izquierda de CCOO y que no quieren hacer un trabajo con la base del reformismo) y en muy variadas esferas de la lucha política y social.

Por nuestra parte no podemos dar por bueno ese enfrentamiento. Por el contrario, hemos de intentar superarlo en la medida de nuestras fuerzas. En nuestra acción debemos combinar diversos tipos de actividad. Son necesarias iniciativas y acciones que puedan ser apoyadas por sectores amplios —avanzados e intermedios—, al igual que lo son también aquellas más específicamente adecuadas para los sectores avanzados. Ambas cosas hacen falta. Esto hemos de tenerlo muy en cuenta al orientar nuestras campañas y nuestra labor política en general.

No consideramos que el Partido haya de elegir entre unirse a los sectores radicales o a los intermedios. Tampoco creemos que lo primero debe preceder en el tiempo a lo segundo. Lo cierto es que la unidad con los sectores más avanzados es imprescindible para un Partido revolucionario pero también lo es no limitarnos a eso y tejer lazos con sectores más amplios.

El problema puede agudizarse en un futuro próximo si llegara a obtener el PSOE una mayoría electoral. Entonces encontraríamos a una parte importante de las masas de izquierda identificadas con el PSOE —ellas le darían la victoria en las urnas—. Estos sectores no serían, desde luego, los más avanzados de la clase obrera, pero tampoco necesariamente y globalmente los más atrasados. Frente a ellos, los distintos sectores y corrientes radicalmente enfrentados al PSOE, tanto más a un PSOE que, para defender su posición gubernamental, reforzaría todavía más los rasgos más derechistas de su política actual y acentuaría su actitud complaciente con la derecha económica y militar.

Aunque no es éste el momento de precisar nuestra política ante tal eventualidad, sí conviene prever los efectos que ese fenómeno tendría sobre las masas y comprender la necesidad de *que el Partido sea no sólo un factor de lucha contra el reformismo y de dirección de los sectores que se le oponen por la izquierda sino también un factor de unidad popular por la base, buscando terrenos en los que sea posible conjugar fuerzas de ambos campos.*

■Otro problema que cobra más entidad en el presente es el de la necesidad de *ajustarnos en cada momento y lugar a la configuración específica del movimiento de masas.*

Hoy encontramos fenómenos muy diferentes dentro de las clases trabajadoras. Ahí está el caso de Galicia, en donde junto a una derecha *electoral* fuerte (subrayamos *electoral* porque no se puede considerar como una derecha activa y conscientemente comprometida en todos los campos) se mantiene en pie una izquierda radical con notable influencia.

Ahí está también el caso de Catalunya, donde, excepcionalmente, ha surgido una izquierda bien implantada y bastante consecuente, en oposición a la línea de Santiago Carrillo. Ahí está, igualmente, el significativo caso de Andalucía, en donde ha emergido con fuerza un movimiento nacional con apreciables raíces populares. Y ahí está, muy especialmente, el caso de Euskadi, donde el espectro político y la gama de actitudes sociales no encuentra parangón en el resto del Estado.

En Euskadi hallamos hoy unas características singulares que conviene tener presentes para evitar las analogías infundadas o las visiones demasiado uniformes de la rea-

lidad. Y no nos referimos a los rasgos específicos nacionales en el plano de la cultura, de la lengua, de la historia o de la sociedad. Todos ellos y otros más —entre ellos la experiencia viva de la lucha de clases en las últimas décadas— han engendrado unos campos políticos particulares. En comparación con el panorama que encontramos en otros pueblos, en Euskadi hay:

- Un campo radical amplio, con raíces bastante sólidas y muy radical en su orientación (favorable a la acción armada contra el Estado);
- Este campo está muy cortado y bastante enfrentado con las diversas variantes del reformismo tradicional (PSOE y PCE), del moderno (EE) y de la derecha nacionalista vasca (PNV). Los terrenos de encuentro o de coincidencia entre ambos son casi nulos.
- El conjunto de la vida política vasca tiende a girar en torno a problemas y enfoques específicamente vascos, apareciendo cada vez más desconectada del cuadro político estatal.

Esta diversidad hay que tenerla muy presente. Sobre ella debe anclarse cada una de nuestras políticas nacionales o regionales, así como nuestra política de conjunto a escala estatal. Hay que señalar, sin embargo, que, al lado de esa realidad heterogénea que pugna en un sentido diversificador de las políticas de cada pueblo, están apareciendo o reforzándose cuestiones de alcance general, de interés común, que abren un ámbito de acción unificada en cierto grado. Tal es lo que ocurre, por citar dos muestras relevantes, con la lucha antigolpista y con los movimientos contra la OTAN y contra la amenaza de guerra.

Hay que añadir que la diversidad concierne no sólo a las distintas realidades nacionales sino también a las sociales. Hay que resaltar, en este sentido, la necesidad de que nos preocupemos más por comprender la situación específica de las mujeres —de las que trabajan fuera y de las que lo hacen en casa—, situación que, en todos los casos, es sustancialmente distinta de la de los hombres, de que nos preocupemos por identificar sus problemas y preocupaciones y por incorporarlas a la lucha política, combatiendo las ideas de dominación de los hombres que, a menudo, dan por buena su condena a un papel pasivo y subordinado. Hay que mencionar, también, la juventud parada, que en los barrios periféricos de las grandes ciudades constituye un contingente numerosísimo, juventud a la que nos acercamos poco y con actitudes frecuentemente distantes, ya sea por las diferencias existentes en el plano de las costumbres o de las ideas, ya sea por la considerable incidencia que en ella tiene la actividad delictiva, o por otras razones, ninguna de las cuales puede justificar las actitudes pasivas por nuestra parte.

Y pasamos seguidamente a referirnos a los problemas que encontramos, de un modo más concreto, en nuestra labor dentro del movimiento obrero. Dejaremos para otras ocasiones el tratamiento de los problemas de orientación en otros frentes o sectores de actividad.

Antes de entrar en las cuestiones relativas al movimiento obrero, sin embargo, queremos recalcar algo que ha venido siendo subrayado con insistencia en estos últimos años. Nos referimos a la necesidad de esforzarnos constantemente por mejorar la calidad de nuestro trabajo entre la gente; por conseguir que el trabajo de masas sea efectivamente un trabajo directo *con las masas* y no con círculos aislados y estáticos; que sea un trabajo concreto, basado en problemas concretos; que busquemos continuamente el modo de aplicar fórmulas de acción y de organización que conecten con las masas, que les permitan hacer algo; que no aceptemos las situaciones de cerco sin dar batallas para romperlo por un lado u otro; que rechacemos las actitudes rutinarias y acomodaticias, la pasividad y el encerrarnos en nosotros mismos; que renovemos nuestra audacia eligiendo los blancos más adecuados y las formas de lucha más eficaces para educar a la gente y unirnos con más personas... Son todos problemas de actitud, de tensión revolu-

cionaria, sin resolver los cuales día a día es imposible construir una fuerza revolucionaria unida a lo mejor de las clases trabajadoras.

2.– Nuestro trabajo en el movimiento obrero

En líneas generales, las orientaciones contenidas en el *Boletín* 34 siguen teniendo actualidad y es necesario perseverar en su estudio y mejorar en su aplicación.

Algunas cuestiones, sin embargo, requieren una especial atención, bien porque la evolución de la realidad obliga a matizar algunas consideraciones del *Boletín 34,* bien porque se trata de problemas puestos de actualidad con posterioridad a aquél. Veámoslas.

■a) *Mayor diversificación de nuestro trabajo sindical*

Esta es una exigencia derivada del mayor retroceso experimentado por el movimiento obrero en su conjunto y por la mayor diversificación de la realidad de las diferentes zonas.

Efectivamente, el incremento de la desmovilización del movimiento obrero reduce los temas que pudieran ser objeto de una acción común a las diferentes zonas y del conjunto del Partido. Los problemas más concretos, más específicos de cada zona –e incluso de las diferentes realidades existentes en cada una de ellas– reclaman la mayor atención y la dedicación del grueso de los esfuerzos.

Ello, indudablemente, se traduce en una mayor desarticulación del trabajo del conjunto del Partido. Todos los organismos del frente obrero están obligados a centrarse más en los problemas concretos, específicos, que les afectan directamente; a la vez, se hace obligado un serio esfuerzo por seleccionar las tareas de interés común, evitando una mayor desarticulación de la que resulta inevitable: la lucha contra los expedientes de crisis y las reestructuraciones, el impulso de la acción de las y los trabajadores en paro, el desarrollo del trabajo fuera de CC.OO..., constituyen, en este sentido, temas que requieren una atención común.

■*b) Combinar el trabajo dentro y fuera de CC.OO. de acuerdo con las condiciones concretas en que nos movamos*

En el *Boletín 34* afirmábamos la necesidad de seguir centrando el grueso de los esfuerzos en el trabajo dentro de CC.OO. prácticamente con la única salvedad de Euskadi.

Los cambios producidos en el último año obligan a matizar esta consideración. No se trata de corregir la orientación de combinar el trabajo dentro y fuera de CC.OO. –no hay razones de peso para ello–, sino de poner el acento en uno u otro, en función de las particularidades específicas de cada zona.

Los cambios a los que aludimos son diversos.

De un lado, están la mayor burocratización de CC.OO., su pérdida de militancia, y también su mayor debilitamiento. Estos son cambios que afectan a la generalidad de las zonas. En sí mismos no introducen ninguna variación, aunque refuerzan la necesidad de prestar atención al trabajo fuera de CC.OO.

De otro lado, están los cambios producidos en algunas zonas y que no se dan en otras, o se dan en una medida menos significativa. Así, en algunas zonas, el abandono de CCOO por parte de gente de izquierda es más acusado, el Partido y la gente de izquierda ha sido víctima de importantes medidas represivas por parte de los dirigentes reformistas, las contradicciones de militantes del PCE y sectores bajo su influencia con la política reformista de ese partido no tienen demasiada entidad... Todo ello hace que en esas zonas haya que poner más el acento en el trabajo fuera de CC.OO.

Problema más concreto es cómo organizar ese trabajo fuera de CC.OO., en las zonas donde se convierte en la actividad principal o supone la inversión de un importante

porcentaje de los efectivos. Las formas han de ser forzosamente variadas, pues variadas son también las condiciones en unas y otras zonas, tanto en lo que se refiere a dinamismo del movimiento de masas, como a la fuerza del Partido o al volumen de sectores de izquierda agrupados... Hay que experimentar, apoyándose en las experiencias ya existentes, pero sin afán de trasplantarlas mecánicamente.

Por lo que respecta a Euskadi, donde ese trabajo tiene una mayor envergadura, ya se están dando pasos hacia una mayor coordinación de los diversos agrupamientos de sectores de izquierda existentes. Hoy por hoy esa es la tarea concreta a abordar. Ciertamente, persiste el problema de qué perspectiva más larga darle a ese trabajo. Al respecto no es posible manejar una perspectiva única y perfectamente delimitada, porque no depende únicamente de nosotros. De forma esquemática, podemos decir que nuestro trabajo se orienta a:

- Unir a los sectores de izquierda dispuestos a realizar una actividad sindical de izquierdas y combativa, en las estructuras organizativas que estamos impulsando;
- Ejercer una presión ideológica y propagandística en favor de la unidad orgánica del conjunto de la izquierda sindical de Euskadi;
- Impulsar formas prácticas de unidad táctica del conjunto de la izquierda sindical;
- Avanzar en la coordinación de las diferentes estructuras organizativas que existen bajo nuestra dirección o más influídas por nosotros.

■ *c) Ganar en conocimiento de las contradicciones del PCE y tender puentes con sus sectores de izquierda.*

En el *Boletín* 34 insistíamos ya en la necesidad de ello. En la práctica no es mucho lo que se ha avanzado, excepción hecha, por supuesto, de Catalunya. Cierto es que en la mayoría de las zonas esas contradicciones no tienen una expresión muy visible y nítida. Sin embargo existen, y conocemos demasiado poco sobre ellas.

El sectarismo y, a menudo, la infravaloración de la importancia de esas contradicciones y de la propia crisis del PCE constituyen los principales obstáculos para dar pasos efectivos en la dirección señalada. Es preciso corregir ambas cosas.

■ *d) Seleccionar mejor los temas de nuestra actividad de masas*

Esto es algo obligado en la presente situación de acentuación del reflujo del movimiento obrero: no todos los terrenos de la acción sindical ofrecen las mismas posibilidades de impulsar una política de resistencia de masas: unos son más favorables para ello y otros menos.

La experiencia de este último año proporciona suficientes elementos como para establecer la conveniencia de que prestemos una atención preferente a todo lo relativo a los expedientes de crisis, reducciones de plantillas, reconversiones empresariales y reestructuraciones sectoriales, así como al trabajo contra el paro y entre los parados y las paradas. Un repaso a las luchas habidas en el último año, en efecto, nos dice que las más numerosas, y las más combativas, han sido aquellas que giran en torno a la defensa de los puestos de trabajo. Por el contrario, otras actividades sindicales, como la propia negociación colectiva, han sido más desfavorables para animar una acción combativa amplia.

No se trata de abandonar ningún terreno de la acción sindical: debemos estar a todo aquello que preocupa a la gente y que proporciona posibilidades de acción, por mínimas que éstas sean. Pero sí debemos prestar atención preferente a aquello que puede suscitar más y más decididas acciones de masas.

■ *e) Potenciar más el trabajo directo de Partido*

Esta es una cuestión en la que también insistíamos especialmente en el *Boletín 34.* Hemos mejorado notablemente en ella. Sin embargo, todavía arrastramos deficiencias.

En el presente, necesitamos potenciar especialmente la autonomía y la capacitación de los niveles inferiores del Partido. El trabajo directo del Partido, la agitación partidista —oral y escrita—, tiene aquí su punto más débil. Los organismos superiores deben esforzarse por ayudarles a ganar en autonomía y capacidad de iniciativa.

■*f) Combinar la acción más "suave" con las formas de lucha más "radicales"*

Este es un tema que ha suscitado amplias e interesantes discusiones en todo el Partido. Hemos ganado en unidad de criterios al respecto.

El Partido debe reafirmarse en la importancia de todas las formas de lucha *posibles* en cada momento, sin despreciar ninguna, por "baja" que sea. Al tiempo, debemos reafirmar la importancia que para la reactivación del movimiento obrero tienen las formas más duras de acción, a condición de que sepamos buscar para ellas el apoyo y la simpatía de sectores más amplios del movimiento obrero.

Es un camino en el que debemos perseverar.

■*g) Mayor vinculación con la clase obrera*

La aplicación práctica de esta orientación del *Boletín* 34 ha tenido un desigual alcance. Algo se ha ganado, pero queda mucho por hacer.

Importa que en todos los niveles del Partido se insista sobre el particular. La experiencia nos indica que a menudo se incurre en el error de darle a este problema un tratamiento abstracto, poco concreto, quedándose en la repetición de consignas que, por su generalidad, resultan vacías de contenido.

Lo que importa es examinar los problemas en concreto: ¿qué preocupa a la gente de las fábricas?, ¿qué agrupamientos —de pensamiento, de actitudes— se dan dentro de ellas?, ¿con quiénes se relacionan los militantes?. ¿cómo se relacionan? Estos son los temas que importan; se trata de examinarlos de forma práctica y de sacar conclusiones igualmente prácticas, que ayuden a mejorar el trabajo individual y colectivo.

■*h) Prestar mayor atención al trabajo feminista*

No podemos permanecer pasivos ante el deterioro experimentado por el trabajo feminista en el movimiento obrero, que afecta también a nuestro propio trabajo.

No es fácil encontrar las fórmulas que permitan mejorar nuestra actividad en tal sentido, pero es evidente que debemos esforzarnos por conseguirlo. Es preciso que aumente en el Partido la preocupación por este problema y el estudio de los medios concretos que posibiliten atender los problemas propios de las mujeres trabajadoras, así como que tengamos un comportamiento más activo en la lucha contra las actitudes machistas, tan frecuentes en el movimiento obrero.

3.— De cara al próximo período

En el futuro cercano —este año y parte del siguiente— habremos de afrontar varios problemas políticos que podemos ir concretando desde ahora.

Los temas de acción política del Partido serán en buena medida una prolongación de los que hemos venido barajando en el último período. Sigue siendo un punto importante la lucha contra el proceso de derechización del Gobierno y de la vida política en general. La actividad antifascista ha de seguir mereciendo una constante atención. Otro tanto cabe decir del movimiento contra la OTAN. Lo mismo de la resistencia obrera contra el paro y contra el deterioro de las condiciones de vida de las clases trabajadoras. La solidaridad con Euskadi ha de ser objeto de un interés continuado: el movimiento popular vasco aparece como el chivo expiatorio número uno de la derecha, y la solidaridad con el mismo puede pasar a primer plano en el caso de producirse una agresión de

mayores proporciones. La lucha por el derecho al aborto sigue estando de actualidad. El movimiento feminista, a partir del *Encuentro sobre el derecho al aborto* del pasado mes de Diciembre, despliega una campaña —a la que debemos dedicar los esfuerzos necesarios— que aspira a alcanzar cierta envergadura, no limitándose a responder a cada juicio, cuando éstos tienen lugar. La solidaridad internacionalista cobra más peso ante el aumento de la presión imperialista en Centroamérica, así como tras el golpe militar en Polonia. El movimiento ecologista y antinuclear sigue contando con una problemática actual y creciente, y puede incluso reactivarse pronto en relación con la central de Lemóniz.

Lo más nuevo con respecto a los temas de nuestra actividad es lo siguiente:

a) La revalorización de la lucha democrática y antifascista frente a dos fenómenos de notable importancia: la derechización del sistema político y el peligro de golpe de Estado militar. Esta revalorización concierne también a la lucha por los derechos nacionales, avasallados por la derechización en curso. Luego volveremos sobre el tema de la lucha democrática.

b) La expansión del movimiento contra la OTAN, tras la decisión del Gobierno de poner en marcha el proceso de ingreso y ante la agudización creciente de las tensiones internacionales. Más adelante nos detendremos en ello.

c) La aparición en primer plano de una gran preocupación popular por el problema de la salud y el consumo, a resultas del envenenamiento por el aceite de colza y de los numerosos fraudes alimentarios que se suceden. Este va a ser sin duda en el futuro inmediato un terreno particular y destacado de la lucha de clases al que habremos de destinar una parte de nuestras fuerzas. No hace falta subrayar el interés de este campo de acción, tan abierto a las amplias masas y en el que se manifiestan profundas contradicciones y debilidades del capitalismo.

En otro orden de cosas, la situación actual plantea nuevos elementos para nuestra política de alianzas. También a este tema dedicaremos uno de los próximos apartados.

Está, en fin, una cita política que reclamará nuestra atención. La celebración, si no hay un pronunciamiento militar que lo impida, de nuevas elecciones, anticipadas o no. Sobre los problemas que esta circunstancia suscita nos extenderemos después.

Y, relacionada con esto, hay que contar con la ya mencionada posibilidad de que el PSOE se convierta en fuerza de Gobierno en un futuro no lejano. Esto traería consigo problemas diversos concernientes a la línea de masas (antes hemos aludido a ellos) y otros cuantos problemas políticos: actitud general del Partido frente a los posibles Gobiernos que pudieran salir de una mayoría del PSOE, análisis de la relación entre la existencia de ese Gobierno y el movimiento golpista, puntos reivindicativos que convendría estimular frente a un Gobierno encabezado por el PSOE, etc. Acerca de todas estas cuestiones habrá que ir reflexionando en los meses próximos, a la luz de los nuevos datos que vayan vislumbrándose.

4.— La lucha democrática y antifascista

Las posiciones que ocupan las fuerzas antidemocráticas y las tendencias fascistizantes de las que hemos hablado más arriba tienen suficiente consistencia como para que podamos percibir en la lucha democrática y antifascista uno de los componentes más hondos y de mayor alcance de la lucha revolucionaria general contra el capitalismo y el imperialismo.

En el presente, identificamos varias vertientes en la lucha democrática y antifascista, todas ellas de interés:

● La primera es la acción contra la derechización general de las instituciones gubernamentales y estatales y de su política práctica.

● La segunda, la lucha contra el golpismo militar.

● La tercera, el combate contra las organizaciones fascistas civiles y paramilitares y contra las tramas civiles del golpismo.

● La cuarta, la actividad contra la represión en sus aspectos más concretos: represión policial, torturas, juicios, condenas, amnistía, ilegalizaciones...

Estas vertientes son en realidad complementarias y proporcionan la base de acción del movimiento democrático radical, que debemos esforzarnos por estimular, pues es uno de los principales componentes actuales de la lucha de clases.

¿Hasta qué punto ha de tomar este movimiento unas formas específicas en el plano organizativo (comités antifascistas u otro tipo de plataformas organizadas)?

A nuestro modo de ver, lo más necesario no es tanto que el movimiento antifascista se dote de formas organizativas particulares como que se muestre activo y que despliegue unos esfuerzos organizativos crecientes, desde unas u otras plataformas organizativas.

En algunos sitios han cuajado; han encontrado condiciones propicias o se ha acertado mejor en los métodos de actuación o ambas cosas a un tiempo. En otros lugares o se ha intentado poco o sin una línea acertada, o simplemente no había condiciones favorables para asentar organizaciones específicamente antifascistas y a lo mejor sí las había para hacer otro tipo de organizaciones o de plataformas de acción democrática (Comisión por la libertad de Expresión, en Madrid, Front de Lluita contra la Tortura, en Catalunya, u otros).

Allí donde haya circunstancias adecuadas y no existan otros cauces organizativos o puedan coexistir varios tipos de organización, son sin duda útiles los comités antifascistas, las organizaciones en defensa de la libertad o por objetivos análogos. Ahora bien, donde tal cosa no se vea factible o aconsejable, nuestro empeño debe dedicarse a estimular la acción y la organización antifascista en aquellas organizaciones o movimientos populares existentes (comités anti-OTAN, organizaciones feministas, clubs juveniles o lo que fuere).

Un problema que encontramos en nuestra actividad antifascista es el notable desfase existente entre la gravedad de nuestras denuncias antigolpistas y la incapacidad para impulsar luchas antifascistas. Nuestras denuncias —siempre necesarias— necesitan ser completadas con consignas de acción que puedan generar algún tipo de movimiento práctico, por pequeño que sea. Solo de ese modo será posible elevar la moral combativa del movimiento antifascista y sacarlo de su pasividad actual. Al buscar esas consignas no debemos conformarnos con las de carácter más general. Hay que realizar también llamamientos a hacer cosas concretas, aunque sean muy modestas, pero que permitan una participación más amplia y que susciten una simpatía popular.

Y, dicho esto, vamos a contemplar seguidamente algunos problemas relacionados con la posibilidad de que se lleve a cabo un golpe militar.

Antes que nada hay que referirse a las perspectivas que tendría el golpismo en el poder.

Desde luego, esas perspectivas dependerían del tipo de régimen que creara el golpe, de la evolución del marco internacional, de su capacidad para estabilizarse...

Sin entrar en detalles concernientes a una u otra hipótesis, cabe decir, en términos generales, que un golpe militar si llega a realizarse, no encontraría enemigos suficientemente fuertes como para desbaratarlo a corto plazo por una acción exterior al propio poder y, por otro lado, que tampoco acertaría a resolver problemas fundamentales —en

cuya existencia se apoya hoy el propio golpismo—, como son el de "la unidad de España" o la reactivación de la economía.

Un régimen golpista no encontraría la solución a esos y otros problemas, no lograría hacerse con una base de apoyo popular significativa, engendraría una hostilidad creciente en las clases trabajadoras y, en definitiva, al haber agotado la baza militar como recurso para prolongar la dominación de la burguesía, abriría paso a una nueva *reforma política* o bien enfrentamientos de clase de gran envergadura.

Nuestra orientación ante el golpe trata de tomar en cuenta, por lo tanto, esta apreciación y se basa en la necesidad de prepararse para una resistencia a largo plazo, apoyándoso en las derrotas, no inmediatamente posteriores al golpe, del eventual régimen golpista. Esto es, no cuenta con una modificación repentina de la correlación de fuerzas entre fascismo y antifascismo inmediatamente después de un posible golpe militar.

El tiempo que tarde en reactivarse la lucha popular en esas posibles condiciones, la hondura y extensión del combate antifascista depende de muchos factores que son ajenos a nuestra acción y a nuestra voluntad: la propia habilidad de los golpistas; su capacidad para dividir al campo democrático o, incluso, comprometer a una parte de él; los apoyos internacionales de que pueda disponer, etc.

No obstante, depende también en cierto grado de lo que decidamos hacer y acertemos a realizar: de nuestra capacidad para asegurar la supervivencia del Partido y de su acción tras un golpe militar; de los resultados que obtengamos antes y después del golpe para unirnos con la gente y contribuir a tejer un movimiento antifascista activo; de la política que impulsemos después de ese posible golpe... De todo ello depende, y hoy en día podemos decir que en una medida no pequeña, la posibilidad de que la resistencia antifascista cobre vida, se enraice y se extienda, de que esta resistencia se refuerce más o menos, que se active más tarde o más temprano.

Lo que acabamos de apuntar se refiere a la perspectiva general en la que se desenvolvería un régimen golpista. Concretemos ahora algunos aspectos de nuestra respuesta inmediata, a corto plazo, en el caso de que se produjera un golpe.

Ante esto hay que precisar que el golpe en cuestión puede tener diversas formas y distintos grados de dureza, todo lo cual incidiría seriamente en su margen de maniobra, en sus apoyos, en su capacidad para engañar a algunos sectores populares, en la respuesta espontánea de las masas de izquierda, en la represión que lo acompañara... Lo que diremos, pues, no se refiere a una hipótesis de golpe muy precisa sino a problemas generales que se nos plantearían en cualquier caso.

Como criterio general podemos establecer que la respuesta que impulsemos ha de encuadrarse en una visión a largo plazo, esto es, de ligar las acciones inmediatas al relanzamiento del movimiento popular. Un golpe supondría importantes pérdidas para el movimiento revolucionario y para la gente de izquierda —mayores o menores según el tipo de golpe en cuestión— y de lo que se trataría es de escoger el camino más apto para recomponer las fuerzas destruídas y reanimar la lucha popular.

Enfocada así la cuestión, la respuesta a corto plazo ha de servir para estimular la combatividad popular e ir levantando las bases organizativas para la resistencia antifascista.

La envergadura de esa respuesta dependerá del grado de combatividad espontánea que se manifieste en las masas —seguramente muy desigual en los diferentes lugares, como se vió el 23 de Febrero—; del tipo de golpe y de su eficacia represiva; de las fuerzas que acertemos a conservar y a reagrupar...

Pero, en todo caso, está claro que no se trata de *poner toda la carne en el asador,* cosa que sólo sería correcta si de ello dependiera la derrota de la tentativa golpista.

En cuanto a la posibilidad de popularizar, desde ahora, consignas de aplicación automática en caso de producirse un golpe, consideramos poco viable lanzar hoy unas consignas rotundas y unificadas para todo el Estado, lo que no es obstáculo para que se haga esto allí donde sea posible, de acuerdo con la disposición de las masas. No obstante, en momentos de especial tensión que pueden presentarse, es posible que tal cosa cobre un sentido que hoy no tiene.

Finalmente, hay que precisar que hemos hablado de una hipótesis golpista. Puede ocurrir, sin embargo, que no se produzca un golpe, claramente percibido como tal por las masas, sino una incrustación de militares en el Gobierno u otras fórmulas semigolpistas. No hay que perder de vista estas posibilidades e incluso es positivo desplegar una agitación adecuada de cara a todas ellas, insistiendo en la necesidad de rechazar un Gobierno de militares o con militares, aún en el caso de que respete más o menos la Constitución y se apoye, que todo es posible, en una especie de *autorización* parlamentaria.

5.— El movimiento contra el ingreso en la OTAN

Aunque su desarrollo es bastante desigual y sus características un tanto diversas en los distintos lugares, de un modo general, presenta varios aspectos positivos de interés.

Es, sin duda, un movimiento popular de izquierda, con contenidos tales como el antimilitarismo, el antifascismo, el antiimperialismo, la oposición a la amenaza de guerra en Europa, el internacionalismo, el ecologismo... Cuenta con un estimable apoyo de masas. Despliega una actividad y tiene una capacidad de movilización altos, particularmente destacados en estos tiempos de inacción generalizada. En varios sentidos, es un movimiento popular unificador: rompe barreras históricas dentro de la izquierda; interesa a sectores diversos; incorpora a lo más avanzado de la juventud; cuenta con una presencia de un alto número de mujeres ofreciendo posibilidades de ser asumido por el movimiento feminista; une a distintos pueblos en una lucha común... Todas estas virtudes tienen, claro está, las dimensiones reducidas de un movimiento todavía incipiente, pero es preciso tenerlas en cuenta. En bastantes zonas, el movimiento reposa sobre un esfuerzo organizativo mayor o menor, al que se incorporan, junto a militantes ya organizados, otras personas que lo fueron en el pasado o que nunca habían militado.

El movimiento anti-OTAN tiene, también, desde luego, no pocas limitaciones.

Aunque en algunos sitios ha alcanzado cierta estabilidad, no es ésta la norma general: es un movimiento con evidentes ambigüedades y debilidades, en el que pesan más los objetivos tácticos que los estratégicos, en el que coexisten corrientes propiamente revolucionarias con otras que no lo son. Las ambigüedades y contradicciones se han puesto de relieve, muy particularmente, después del golpe militar en Polonia, a raíz del cual se ha registrado un aumento de los enfrentamientos internos y una pérdida de dinamismo del movimiento. Hay que señalar, igualmente, que, a pesar de los progresos realizados, sigue dándose una debilidad organizativa que contrasta con su capacidad de convocatoria y movilización.

De cara al futuro inmediato, el movimiento anti-OTAN ha de salvar diversos obstáculos.

El primero de ellos es el ya mencionado: las divisiones y enfrentamientos que han estallado con motivo del golpe de Estado polaco. Nuestros esfuerzos van encaminados a dejar fuera del movimiento aquellas cuestiones en las que es imposible asentar la unidad y sobre las que el movimiento como tal es mejor que no se pronuncie, so pena de ir a la ruptura con una parte de su base. Consideramos que, aunque no pueda tener una actitud de solidaridad explícita y activa con la clase obrera polaca, el movimiento anti-OTAN es algo positivo que no debe ser destruído y, de acuerdo con este punto de vista,

renunciamos a tratar de imponer nuestras posiciones particulares sobre Polonia, a la vez que exigimos que hagan otro tanto quienes defienden concepciones opuestas.

Un segundo obstáculo viene dado por las tentativas que está haciendo el PSOE en los últimos tiempos para dividir al movimiento, neutralizar a su ala izquierda y absorber a una parte del mismo. Si el PSOE mantiene su compromiso de convocar un referéndum sobre la pertenencia a la OTAN en el caso de que llegara a formar Gobierno y si, al mismo tiempo, toma algunas iniciativas en la calle, como la concentración del pasado mes de Noviembre en Madrid, ello podría crear dificultades.

Otro obstáculo, éste ya más relativo, es el hecho de que, a corto plazo, se puede producir el ingreso en la OTAN, lo cual, si no se ponen los medios, puede restar interés por el movimiento a una parte de la gente que hoy lo apoya.

Para hacer frente a estas dificultades hemos de desarrollar las potencialidades del movimiento, interrogarnos sobre lo que ha hecho que alcance el eco que ha obtenido en tan poco tiempo, indagar sobre su esencia para apoyarnos en lo que el movimiento tiene de más positivo y que, en su desarrollo, puede reforzarlo.

Decimos esto porque, aunque estamos persuadidos de que una parte del movimiento puede sin duda ser neutralizado tras el posible ingreso en la OTAN, otra parte importante del mismo posee una razón de ser que va mucho más allá del simple propósito de impedir el ingreso. El movimiento contra la amenaza de guerra, contra el militarismo y el golpismo va a seguir existiendo tras un eventual ingreso en la OTAN, con la particularidad de que entonces incorporará a su programa la exigencia de abandonar la OTAN.

Otro tanto cabe decir de los efectos que puede tener la política del PSOE sobre el movimiento. Según sea esa política, el PSOE puede arrancar una parte del actual movimiento o paralizar a algunos de los sectores que en él participan, pero, como se ha podido comprobar, el movimiento existente tiene una carga de radicalismo y un dinamismo que el PSOE no puede neutralizar.

Hace falta, en todo caso, que seamos conscientes de estos peligros y que, en cierto modo, nos adelantemos a ellos, haciendo un esfuerzo en varias direcciones:

- Por dotar al movimiento de perspectiva política que recojan sus posibilidades en la acción contra el ingreso en la OTAN o por la salida de la misma; contra las bases norteamericanas; por el no alineamiento con los bloques militares; contra la amenaza nuclear; por la desnuclearización de Europa y la destrucción de las armas nucleares; contra la carrera armamentista y por la reducción de los gastos militares; contra el peligro de guerra en Europa; por la paz entre los pueblos y la solidaridad internacional de las clases trabajadoras; contra el militarismo; contra el golpismo y en defensa de la libertad; por la revolución socialista...

No se trata, ciertamente, de limitarnos a redactar programas e introducirlos en los comités u organizaciones de base. Un cierto desarrollo programático es necesario para armar mejor al movimiento. Pero lo que se precisa, sobre todo, es llenarlo de contenido a través de la lucha ideológica, de la propaganda y de la acción en torno a las aspiraciones más avanzadas de la gente que participa en el movimiento. Y de dinamizarlo. De mantenerlo vivo y activo, de huir de la pasividad.

- Hace falta intensificar los esfuerzos organizativos, bajo una u otra forma.

- Hace falta que el movimiento anti-OTAN de base, organizado, tenga una actitud más "ambiciosa", más activa y ofensiva, intentando hacer llegar su influencia a sectores más pasivos, más próximos al reformismo, pero que, como se ha podido observar en varias ocasiones, son susceptibles de ser dirigidos y estimulados ante la situación de inacción en que se encuentran los partidos de la izquierda reformista que, sobre todo el PSOE, se pronuncian contra el ingreso en la OTAN pero hacen muy poco para impedirlo.

6.— Algunos problemas de nuestra política de alianzas

Como hemos constatado al comienzo, la posición política del Partido ha mejorado algo en los últimos años.

Dentro del campo situado más a la izquierda, especialmente, nuestra posición es más clara y tenemos más lazos con diversas corrientes de interés.

Con respecto a las fuerzas más o menos constituídas y delimitadas —no aludimos aquí a las corrientes más desdibujadas ni a las personas independientes— nuestra atención se centra en:

- Las alianzas con sectores nacionalistas radicales, que, especialmente en Euskadi y en Galicia, representan fuerzas políticas y sociales de primera importancia y cuentan con apoyos muy amplios en las clases trabajadoras. Sobre todo en estos casos, la alianza con esas fuerzas tiene un interés primordial y representa un objetivo de alcance estratégico.

- La alianza con la LCR. Es un problema que adquiere importancia creciente en los últimos tiempos debido a la clarificación que se ha dado en el campo de la izquierda radical en el conjunto del Estado, a la mejora que se ha registrado en las relaciones entre la LCR y el MC, a la colaboración establecida en varios terrenos y, también, al proyecto trazado por la LCR, favorable a un proceso de unificación organizativa con el MC. Los problemas que todo ello plantea tienen una complejidad suficiente como para merecer un tratamiento más pormenorizado del que aquí tendría cabida. Por otra parte, entre ambos partidos se ha iniciado una discusión acerca de los puntos de coincidencia política y teórica y de las discrepancias que nos separan.

- En el último período ha tomado cuerpo también un fenómeno nuevo de evidente importancia: la aparición de una corriente de izquierda —especialmente en el PSUC— opuesta al *eurocomunismo* carrillista. Este hecho modifica sensiblemente la situación anterior y ha de seguir mereciendo una gran atención por nuestra parte.

- Importante también es la suma de corrientes que, hostiles al eurocomunismo, tienen el denominador común de manifestarse resueltamente favorables a la Unión Soviética, tema asimismo complicado al que dedicamos una Circular, publicada en el *Boletín* 36 (Febrero del 81). Las relaciones con estas corrientes, no hace falta decirlo, se han hecho más problemáticas tras el golpe militar polaco.

- Hay, igualmente, cierto número de organizaciones y corrientes radicales, en algunos casos —como es el de la CNT— con una implantación apreciable, con las que es preciso buscar formas de colaboración y favorecer un acercamiento amistoso. Esto, desgraciadamente, no puede aplicarse a la totalidad de grupos de carácter radical pues algunos de ellos tienen actitudes tan extremadamente sectarias y destructivas que hacen muy difícil la unidad de acción.

En un plano más general, observamos que *han mejorado nuestras posibilidades de tejer lazos y realizar alianzas con la mayor parte de lo que podemos considerar como radical y revolucionario: el campo que lucha contra el régimen actual y por la revolución socialista.* Esta es una adquisición muy positiva que hemos de desarrollar y consolidar. Pero, al mismo tiempo, no podemos limitar a eso nuestra política de alianzas.

Si contemplamos la disposición política de las masas y su conciencia actual, rara vez se encuentran unos sectores revolucionarios perfectamente definidos y nítidamente delimitados del reformismo. Tan solo en Euskadi encontramos un campo antireformista de masas un tanto cohesionado y diferenciado (reverso de ello es la ruptura de puentes con los sectores de las masas que eventualmente "pertenecen" al "otro campo"). Lo que predomina, más allá de la actual configuración de los campos políticos

que hay en Euskadi, es una movilidad y una permeabilidad y, hasta cierto punto, una ambigüedad considerables en la definición política de muchas gentes de izquierda.

No existe, pues, un tipo de alianza definitivamente útil. Hacen falta tipos diversos, móviles, que recojan el mayor número de apoyos para las posiciones más avanzadas que en cada momento tengan capacidad de movilizar y de unir. El movimiento anti-OTAN es, en este sentido, ejemplar: une al campo radical al tiempo que le permite llegar más allá, romper fronteras, conectar con gentes que, en muchos aspectos, están en la órbita del reformismo.

La orientación central, pues, es la de *consolidar las alianzas netamente de izquierda, sobre posiciones claras y firmes, pero no limitarse a ellas; buscar los medios para llegar a más gente y unirse con sectores populares que, de momento, no están plenamente identificados con el campo radical.* No hemos de dar por bueno, en suma, el abismo que con frecuencia separa —y hasta enfrenta— a los sectores radicales con aquellos que están bajo la influencia del reformismo pero que deben ser ganados para la causa revolucionaria.

Otra cuestión que conviene abordar es la de las próximas elecciones.

En nuestras previsiones figura la hipótesis de que sean impedidas por un golpe de Estado militar. Pero contamos también con la posibilidad de que las elecciones se lleven a cabo, ya sea agotando el plazo, cerca de Marzo de 1983, ya sea en el curso del presente año.

Hace falta examinar el tema como una cuestión de actualidad. He aquí algunos elementos que creemos deben tenerse en cuenta a la hora de abordarlo.

● El régimen electoral. Según todos los indicios, uno de sus objetivos será el de dejar "fuera de juego" a las fuerzas más radicales, pequeñas o no pequeñas. No es sencillo pues, a la vez, no parece que quieran marginar a fuerzas nacionalistas burguesas como CiU y el PNV. Cabe esperar, en todo caso, el establecimiento de exigencias que excluyan a quienes no alcanzan unos porcentajes mínimos determinados en el conjunto del Estado, lo que presionaría en el sentido de propiciar coaliciones o plataformas electorales de ámbito estatal.

● Los sondeos sobre las tendencias del voto parecen indicar que disminuirá el electorado del PCE y aumentará el del PSOE a la vez que se incrementarán los votos de la izquierda radical, al menos en algunos lugares.

● Dentro de la izquierda radical, hemos de tener en cuenta hechos tales como la desaparición del PT y de la ORT y la reafirmación de la posición del MC, lo que hace menos necesario que en el pasado el empeño en asegurar una presencia del Partido netamente diferenciada. Por otra parte existen condiciones positivas que permiten contemplar otras posibilidades: cierta dinámica unitaria en la izquierda radical, mejora de las relaciones con diversas fuerzas revolucionarias, existencia de plataformas en el País Valencià, Extremadura y Rioja, posibles desgajamientos de sectores de izquierda del PSUC y acaso del PCE...

De todo ello sacamos las siguientes conclusiones:

● Al haberse reforzado la posición diferenciada del Partido, acudir en solitario no presentaría ventajas bajo ese ángulo y tendría inconvenientes en la medida en que, aunque en algunos sitios aumentara algo el voto, en otros seguiría estancado o retrocedería lo que tendría efectos negativos sobre nuestra área de influencia.

● Existen posibilidades de organizar candidaturas unitarias con un contenido político aceptable, que engloben al conjunto de fuerzas y sectores que han venido orientándose en una línea radical en los últimos años.

• En las masas de izquierda sigue observandose una tendencia favorable a la participación electoral —aunque subsistan altos índices de abstención— y, probablemente, la inmensa mayoría de nuestros aliados son partidarios de participar. En tanto que esto se mantenga así, nos inclinamos por una política de participación en las elecciones, pues otra política no contaría con grandes simpatías ni sería eficaz. No obstante, todo esto puede cambiar. Puede modificarse sensiblemente el marco político (aumento notable de la represión, aprobación de un nuevo régimen electoral abiertamente provocador, celebración de elecciones bajo el control de un Gobierno semi-militar, etc.). Si las circunstancias cambiaran, nuestra posición sobre la participación podría modificarse.

• Mientras tanto, seguimos pensando en las formas concretas que puede revestir nuestra participación. Es necesario, en particular, que en cada nacionalidad y región vayamos estudiando, en concreto, la alianza electoral que debemos propiciar y los pasos que hay que dar para prepararla.

• Hay que estudiar, también, las posibles maneras de articular esas alianzas en un planteamiento de conjunto, capaz de conjugar los esfuerzos de las distintas candidaturas radicales.

7.— La posible ilegalización del Partido

Consideraremos ahora la posible pérdida de nuestro estatuto de Partido legal.

Lo que nos interesa examinar no es la posibilidad de una ilegalización del M.C. a resultas de un golpe de Estado que pusiera en la ilegalidad a toda la izquierda y que redujera en grado sumo el margen de acción legal, sobre todo en una fase inicial de fuerte represión. En ese caso el problema de la legalidad e ilegalidad sería muy secundario y común al conjunto de la izquierda.

El problema resultaría más complejo para nosotros si, en caso de un viraje derechista del régimen o de una intervención militar represiva, quedáramos fuera de la ley solamente algunas organizaciones.

En ese caso tendríamos problemas específicos, distintos de los que se plantearían a aquella izquierda que permaneciera en la legalidad y también de los de las fuerzas que nunca han poseído un estatuto legal y, por lo tanto, han hecho uso de la legalidad bajo otras formas más indirectas.

En esta hipótesis se nos plantearían algunos problemas a los que aludiremos brevemente:

El *primero* es que no podríamos renunciar unilateralmente a la acción en la esfera legal. Ello depende de algo más que nuestra voluntad. Mientras sigan existiendo posibilidades de desplegar una actividad legal de interés, las masas de izquierda seguirán haciendo uso de esas posibilidades y nosotros con ellas, con un nombre u otro, a través de unos cauces u otros. Habríamos, pues, de sustituir nuestros actuales resortes legales (personalidad jurídica legal con capacidad para convocar actos, mítines, manifestaciones o firmar carteles y llamamientos, prensa de Partido, sedes...) por otros medios: coberturas legales variadas, locales, asociaciones que pudieran servir de conducto para la labor partidista, despachos, etc.

El *segundo* se refiere a la necesidad de suscitar una solidaridad política hacia las fuerzas represaliadas, contrapesando así las tendencias al aumento del aislamiento político que podrían darse. Eso supone organizar la solidaridad, recoger firmas de apoyo, llevar a cabo actos públicos contra las medidas represivas, etc.

El *tercero* se refiere a la acción que desde la ilegalidad deberíamos impulsar. El Partido seguirá manifestándose como tal aunque sus siglas sean ilegales y deberá asegurar una presencia pública a través de su propia prensa, hojas, pintadas, etc.

El *cuarto* concierne a la represión que podría abatirse sobre el Partido. Esta puede depender de muy diversos factores que se nos escapan. Pero ha de depender también de nuestra propia política, es decir, del hecho de que por nuestra parte escojamos una vía de *ir al encuentro de la represión* o que, por el contrario, tratemos de evitarla en la medida de lo posible. En otra época acaso hubiéramos escogido la primera vía. En ocasiones nos ha dado buen resultado, pero, para que así sea, hace falta que nos apoyemos en las contradicciones del enemigo y más particularmente en su eventual indisposición de mantener en pie unas medidas represivas determinadas. Así ha ocurrido varias veces en los últimos años. Ahora es diferente. Fuerzas poderosas empujan al Gobierno a reprimir y a no ceder. Por otro lado, no es seguro que la represión que sufriéramos fuera tampoco tan visible como para provocar reacciones de solidaridad importantes entre las masas, con lo que la ganancia política no sería proporcionada a las pérdidas sufridas. Hay que tener presente, en fin, que la ilegalización de varias fuerzas revolucionarias podría ser una medida que, entre otras, precediera a operaciones contrarrevolucionarias de más envergadura, inclusive un golpe de Estado, lo que no interesa que nos coja un tanto paralizados por la represión efectuada previamente.

El *quinto* punto, para terminar, se puede resumir así: la ilegalización del Partido nos crearía diversos problemas. Pero, a la vez, en cierta forma, *nos ayudaría* a realizar las correcciones necesarias en nuestra estructura organizativa y en nuestros métodos para preparar al Partido para situaciones más duras, en las que sólo podremos preservarnos mediante un tipo de organización que no es, desde luego, algo tan abierto —y expuesto— como lo que hoy tenemos. Ahora tocaremos este punto.

DEBILIDADES DE NUESTROS SISTEMAS DE ORGANIZACION Y DE NUESTROS METODOS DE FUNCIONAMIENTO

El Partido ha sobrevivido a la reforma política. Es ya una victoria, a la vista del panorama que ha ofrecido en estos años una parte de lo que fue la izquierda radical nacida en la última época del franquismo.

Hemos reforzado incluso al M.C., sobre la base de la experiencia, a veces bastante ingrata, de estos últimos años. Contamos con un Partido cuyo carácter revolucionario no se ha diluído, que ha ganado en maduración doctrinal y en independencia de criterios, que ha conservado su unidad y que se apoya en un conjunto relativamente estable de cuadros y militantes.

Podríamos extendernos en los progresos realizados en estos años en la edificación del Partido, pero tiene más interés que tratemos de identificar nuestras principales debilidades. De su superación depende bastante de lo que hayamos de ser en un futuro próximo y lejano.

Ciertamente, nos llevaría demasiado espacio el estudio del proceso concreto a través del cual se han ido gestando estos problemas. Es un tema de interés, aunque de menor urgencia, sobre el que puede ser útil volver en otra ocasión.

1.— La adecuación de nuestro sistema organizativo a la época que vivimos y a nuestros fines estratégicos.

Ya desde hace bastante tiempo venimos observando que el Partido se halla exageradamente expuesto ante los golpes que el enemigo, antes o después, nos ha de dirigir. No se puede ser un partido revolucionario y actuar como tal impunemente. Eso tiene un precio que se paga en represión.

El desarrollo de los acontecimientos en el último trimestre de 1980 y la posterior intentona del 23 de Febrero, así como el curso derechizante ulterior, han puesto de relieve esta deficiencia que padecemos.

Pero no es sólo el peligro de golpe de Estado lo que nos lleva a plantearnos un problema que en realidad estaba sobre la mesa ya anteriormente. El peligro golpista lo que hace es acentuar la necesidad de una rápida rectificación. Pero, aún en el caso de que ese peligro no fuera tan grande o actuara a plazos más largos, la necesidad de reajustar el sistema de organización en el sentido de preservar al menos una parte de nuestras fuerzas, seguiría siendo muy aguda.

Lo cierto es que, en los tiempos que vivimos, al fascismo interior se suma el peligro de guerra internacional, uno de cuyos efectos sería también el de abrir paso a un control de la situación interior por parte de los militares. Son varios, pues, los caminos que llevan a un tipo de régimen fascista o poco menos. Y eso ya sin hablar del peligro, arriba apuntado, de una política represiva centrada en el movimiento revolucionario, posibilidad que puede hacerse realidad aún en el caso de que no llegara a fraguar un golpe de Estado.

Pero, para completar el horizonte, hemos de agregar algo más. Incluso en el caso de que nos halláramos en una democracia burguesa estable, consolidada y con largos años de vida por delante, deberíamos tener presente que un partido revolucionario ha de prepararse para librar el combate contra ese régimen en todos los terrenos y hacien-

do uso de todas las formas de lucha, lo que, tarde o temprano, le sumergirá en confrontaciones duras, de cara a las cuales ha de ajustar su sistema organizativo.

En suma, y por todo lo dicho, cuando hablamos de adecuar nuestro sistema de organización a la realidad y a nuestra misión, no podemos limitarnos a pensar en las medidas concretas y urgentes que pueden ayudarnos a preservar nuestra organización en el caso de golpe. Hemos de pensar, además, en el deber que tenemos de organizar nuestra estructura de tal modo que podamos hacer compatible una labor abierta de masas con una actividad más reservada, conjugando la existencia de una parte del Partido vulnerable, más expuesta a la represión, con otra parte situada en un plano más discreto y seguro.

Esta transformación de lo que aún es una estructura única, uniformemente abierta y expuesta, en un sistema que comporte varios niveles de apertura, es la línea fundamental de lo que llamamos adecuación del Partido a la realidad represiva que cabe esperar y a nuestra misión revolucionaria última.

Hemos de superar, en resumidas cuentas, nuestra condición de Partido bastante descubierto que nos convierte en rehenes de un enemigo cuya fuerza reside en la información y en la capacidad de control que posee sobre nuestra organización, lo que le permitiría, llegado el caso, asestarnos golpes de gran eficacia.

Esta rectificación, extremadamente difícil, probablemente, en las organizaciones más reducidas o dispersas, ha de ser objeto de una constante atención de los organismos regulares del Partido, experimentándose aquellas fórmulas que se consideren más convenientes, sobre la base de las cuales podrán ir adoptándose criterios de utilidad general.

2.– Superar el empobrecimiento de la vida partidista

Nos referimos a un fenómeno complejo, con muchas caras y aristas, en el que se entrelazan causas y efectos variados, pero que conduce a un resultado del que somos cada día más conscientes y que, sin duda, no es fácil de abarcar ni tiene una corrección simple. Aquí evocaremos algunos de sus rasgos, dejando sentado que éste es un tema que interesa que quede abierto a la reflexión y a la discusión y sobre el que se requiere un considerable esfuerzo de transformación por parte de quienes integramos el Partido.

■ En todos los órganos y niveles *se vive demasiado al día.* No se mira suficientemente al futuro. Hay planes y previsiones de corto alcance. "Mandan" mucho los acontecimientos del momento y poco las necesidades futuras. Se viven intensamente los problemas locales o del propio sector pero se desconoce bastante lo que queda más allá de ese ámbito. El interés por las cuestiones particulares supera con mucho al que se manifiesta hacia las cuestiones generales. Pragmatismo, "inmediatismo" y localismo se dan la mano en una actitud netamente dominante en el Partido, en una actitud que ha cobrado especial fuerza en los últimos cinco o seis años y que está causándonos un daño notable.

■ *La comunicación entre niveles y entre frentes de trabajo es bastante mala.* Por de pronto es muy escasa, sobre todo si nos referimos a la comunicación capaz de servir de base para una reflexión y una discusión en profundidad, es decir, la comunicación escrita. La transmisión de información, de propuestas, de orientaciones, de críticas es fundamentalmente oral, lo que la hace más y más pobre y más y más esquemática al pasar de un nivel a otro o de una organización territorial a otra. Es una carrera de obstáculos, al final de la cual queda poco o, a veces nada, del contenido inicial. Arriba, en medio y abajo se escribe extraordinariamente poco.

Consecuencia: en los niveles inferiores se reciben orientaciones a menudo muy li-

mitadas y sin elementos de juicio suficientes (razones, sentido de una decisión, informaciones que permiten profundizar en ella, aplicarla creadoramente o criticarla). De ese modo se propicia una aplicación pobre y mecánica y se hace muy difícil un desarrollo de la iniciativa y de la autonomía política de militantes y cuadros.

Otra consecuencia: en los niveles superiores se reciben pocas informaciones o aportaciones de todo género. Así es muy difícil dirigir bien y sacar el máximo provecho a nuestras posibilidades. Más todavía cuando nos encontramos con una realidad política muy diversificada, a la que hay que tomar el pulso continuamente y cuyos rasgos concretos deben ser obligatoriamente conocidos para trazar cualquier orientación.

El proceso de centralización depende de que los flujos de abajo a arriba y de arriba a abajo marchen bien, con un contenido rico y sin interrupciones (*). Y esto no sucede así en el Partido.

■*El grado de formación teórica y de asimilación del marxismo sigue siendo bastante bajo.* La elaboración teórica del Partido continúa estando por debajo de nuestras posibilidades y, desde luego, de nuestras necesidades. Los niveles superiores, que son los que más podrían aportar, siguen estando muy absorbidos por su actividad cotidiana y no aciertan a salir de unos hábitos que, de hecho, son fuente de debilitamiento teórico, de pragmatismo y de empirismo. No queremos decir con esto que las cosas estén igual que hace tres años. Afortunadamente se han dado avances, pero éstos son aún insuficientes.

■*La discusión sobre los problemas teóricos y políticos es demasiado pobre y escasa.* En no pocas ocasiones tenemos reflejos defensivos de la unidad un tanto negativos, creando mal ambiente en relación con quienes discrepan de las posiciones mayoritarias u oficiales. La unidad, que es grande en el Partido y que es una de las bases de nuestra fuerza, y que, no hace falta decirlo, debe ser siempre defendida, no ha de ser, como ocurre con frecuencia, una unidad pasiva, no consciente, insuficientemente fundada en la reflexión de cada cual.

El alcance de este problema, o de este conglomerado de problemas, va más allá de sus aspectos puramente funcionales (lentitud, atascos, etc.) y de los malos sabores de boca e insatisfacciones que se producen a todos los niveles. Es un problema que afecta a la capacidad combativa del Partido; a su capacidad para actuar con acierto; a su capacidad para dirigir a las masas y para impulsar el movimiento de rectificación que estamos llevando a cabo para ampliar y profundizar nuestros lazos sociales, a su capacidad para comportarse efectivamente como un Partido revolucionario. Y afecta también a la preservación de su naturaleza revolucionaria. Sabemos que no hay ninguna fórmula general que garantice tal objetivo, pero también sabemos que la debilidad teórica, el empobrecimiento político, la falta de autonomía de criterios en militantes y cuadros, la dependencia exagerada del conjunto de militantes hacia los niveles superiores... han sido otros tantos factores que han facilitado sobremanera el triunfo de las tendencias oportunistas en muchos partidos.

Para combatir estos defectos que pesan sobre nuestro Partido *es preciso que efectuemos varias correcciones —algunas de ellas se vienen realizando ya en cierta medida— y que lo hagamos de un modo intenso y prolongado, rompiendo con inercias, rutinas y hábitos burocráticos.* He aquí estas correcciones en las que podemos centrarnos en el próximo período:

■Buena parte de ellas se refieren a la *mejora de la comunicación entre los distintos niveles del Partido.*

(*) En ello se insistía especialmente, en diversas ocasiones en el *Boletín* 37, dedicado al funcionamiento de las células.

En términos generales, hace falta *una comunicación más abundante y de mejor calidad.* ¿A qué se refiere esa comunicación? A las experiencias de la actividad del Partido, a los problemas específicos de las diversas organizaciones territoriales o de cada frente, a la situación particular en que se desenvuelven, a la disposición de las masas, a los balances de determinadas campañas, a los múltiples problemas organizativos... La comunicación abarca también las críticas.

En la comunicación entre niveles debemos tener en cuenta que *son los informes escritos los que tienen una utilidad mayor:* se pueden transmitir sin sufrir adulteraciones —cosa inevitable en la transmisión de palabra— y permiten un examen y una reflexión más profunda, sobre bases claras y precisas.

Hay que tener presente, asimismo, la dependencia que los órganos de dirección tienen de los informes que llegan de los niveles intermedios e inferiores. Necesitan de ellos no sólo para trazar orientaciones y tomar decisiones, sino también para poder transmitir, a su vez, esos mismos informes a las diversas organizaciones.

Por parte de los comités, especialmente de los superiores, se requiere que se preocupen de transmitir hacia abajo los planes de trabajo generales que han fijado para un período dado en una organización o sector. De ese modo, todos los miembros de esa organización o sector de actividad sabrán con precisión lo que se persigue, podrán actuar con mayor conocimiento de causa, podrán criticar o enriquecer lo que llega de arriba con más fundamento e intervenir en los balances posteriores.

Asimismo, a través del *Boletín* interno, de escritos de cada organización, de plenos o de otros medios han de llevarse a cuadros y militantes los problemas y preocupaciones en los que se centra el interés de los organismos superiores, para que se produzca una mayor unidad en ese terreno y para que haya más posibilidades de aportar ideas a todos los niveles.

■En aquellas esferas en las que se precisa una elaboración política o teórica y que no son especialmente urgentes conviene *buscar las formas para que se desarrolle la participación del mayor número posible de miembros del Partido.* Por ejemplo, acotando aquellos temas de investigación o elaboración teórica en los que no hay unas concepciones muy acabadas del Partido y sobre los que interesa estimular una reflexión colectiva (la cuestión de Stalin o la evaluación del trotskismo, o tantos otros temas de carácter estratégico o teórico en los que hemos de avanzar especialmente). Sería positivo, igualmente, poner algunos problemas a discusión mostrando sus aspectos contradictorios, sin que los organismos de dirección se pronuncien resueltamente por un tratamiento único, de manera que pueda fluir la discusión con libertad, antes de adoptar un punto de vista unificado. El uso de la encuesta directa en la base, no con todos los militantes, pero sí con una parte de ellos, puede ser, asimismo, un medio útil para que ambos niveles se conozcan mejor y la comunicación sea mayor, pudiendo unos y otros expresar sus posiciones sin tener que pasar por todos los escalones intermedios en los que, a menudo, se desvirtúan.

Hay que resaltar una vez más la importancia que, en relación con el problema que abordamos, ha de tener el *Boletín* interno. Lo deseable es que en él puedan tener cabida las síntesis de experiencias de utilidad general, las críticas de mayor interés, los informes sobre situaciones y hechos de mayor alcance... Ahora bien, para que tal objetivo se logre, hace falta que, a todos los niveles, se haga ese esfuerzo por escribir que hoy no se hace. Con ello está tropezando ya, sistemáticamente, el empeño que desde hace algún tiempo tenemos por hacer del *Boletín* un transmisor más amplio y rico de lo que es la vida del Partido.

■No podemos dejar de aludir aquí a una de nuestras tareas fundamentales, en el sentido de enriquecer y reforzar al Partido, cual es la de desplegar *una actividad de formación, de estudio, más y más intensa.* A ello nos referíamos en el *Boletín* 33. A ello

también se han destinado un par de Circulares internas con planes para el año anterior y para el actual. No tiene sentido, pues, que repitamos cosas ya muy sabidas, pero sí que subrayemos que, sin progresar en esa dirección es imposible que el Partido salga del estado de pobreza política que tratamos de superar.

Cuanto hemos abordado en este apartado es tan sólo —ya lo apuntábamos al comienzo— una parte de los problemas relacionados con la cuestión general del empobrecimiento de la vida partidista. Nuestro propósito no es el de cerrar el tema sino el de abrirlo. A partir de aquí, esperamos que una discusión libre permitirá acotar los problemas y poner sobre la mesa otros cuantos que en estas páginas no hemos tocado.

Sólo una reflexión de todo el Partido sobre nuestro sistema de organización y nuestros métodos de funcionamiento, podrá permitirnos realizar una rectificación que cada día resulta más necesaria.

Antes de concluir con este punto, diremos que, naturalmente, existe una contradicción entre lo que aquí preconizamos y lo que señalábamos en el punto anterior. Caminar en ambos sentidos no siempre será fácil. Como ambas cosas son, sin embargo, vitales para el Partido, deberemos ingeniárnoslas para hallar las formas de progresar en las dos direcciones, armonizándolas en toda la medida de lo posible.

3.— Otros aspectos

No vamos a apuntar los muchos temas de organización que, además de los ya indicados, debemos agarrar con fuerza: funcionamiento de células y comités, promoción de cuadros, utilización de la prensa partidista, finanzas... En esta ocasión, nos ceñiremos a tres problemas que reclaman un cuidado particular.

■ *a) El avance del feminismo en el Partido.*

Como se señalaba en la Circular sobre la experiencia de la estructura feminista publicada en el *Boletín* 38 (Mayo de 1981), a pesar de los progresos realizados en este plano, persisten puntos débiles que reflejan *"una cierta separación entre el trabajo feminista y el trabajo político del conjunto del Partido".*

En dicho escrito se concretaban, como manifestaciones de esta relativa separación, por un lado, un nivel de integración bajo de las posiciones y preocupaciones feministas en la orientación de nuestra política de cada día y, más en particular, de la política sectorial, y, por otro lado, un cierto desinterés de los hombres por el trabajo feminista, una actitud poco combativa ante las ideas y actitudes machistas de las masas.

En la misma Circular del Colectivo Federal se fijaban algunas orientaciones para corregir estas deficiencias, haciendo hincapié en la necesidad de que los problemas de la actividad feminista fueran discutidos en células y comités; de que éstos se hicieran realmente cargo de la dirección de la actividad feminista en los diversos frentes de trabajo; de que los organismos regulares del Partido no se desentiendan de la labor feminista de las mujeres sino que, por el contrario, la controlen como el resto del trabajo de quienes integran esos organismos.

Aunque al ser todavía reciente la Circular es pronto para evaluar cabalmente hasta qué punto han mejorado las cosas, sí cabe afirmar que los cambios son escasos y que es preciso acentuar la preocupación de cuadros y militantes para que esas orientaciones se lleven a la práctica, superando inhibiciones y rutinas.

■ *b) La captación de militantes.*

Si bien nuestros lazos con la gente, en general, se han ampliado, bajo el punto de

vista del crecimiento del Partido, desde hace dos años estamos en un estado de estancamiento.

Los índices de *captación* de militantes son bajos. En el último año, este índice representa un 12 por ciento del total de militantes del año anterior. Este índice, no obstante, no es absolutamente fiable pues los datos de conjunto están incompletos. Además, si ese es el índice medio, la realidad de cada organización es bastante diferente, yendo desde un 3,5 por ciento hasta un 28 por ciento.

Este índice de captación ha de ser confrontado con el de *pérdidas*, que, en el último año, ha supuesto entre un 7 y un 8 por ciento, frente al 5 por ciento del año anterior.

En resumen, pues, el crecimiento es casi nulo, con una tendencia negativa al aumento de las bajas.

Es cierto que el mantenimiento del Partido y su consolidación son ya un triunfo. Pero ello no debe llevarnos a adoptar una actitud acomodaticia y conformista.

Más allá de nuestra voluntad hay razones que explican tanto las dificultades para captar nuevos militantes como para frenar el "goteo". Hemos insistido a menudo en esas dificultades y todas y todos las conocemos bien.

Pero hay también una parte de esos resultados que se debe a nuestros errores e insuficiencias. Es de desear que en todos los órganos del Partido se reflexione un poco sobre esta cuestión, para conocer esos errores, analizar sus causas y poner los medios para que sean superados.

Por nuestra parte pensamos que conviene trabajar en dos sentidos.

Por un lado, trazando, en cada caso, una política de captación precisa, consciente y organizada, que rompa con el espontaneísmo, la inercia o el fatalismo que muchas veces nos atenazan; que implique un mejor conocimiento de los círculos de afiliados (que, como es natural, siguen siendo la principal fuente de militantes), una selección de quienes pueden ser incorporados a la militancia y, en esos casos, un tratamiento adecuado para conseguirlo; que suponga la realización de planes concretos y su supervisión periódica, etc.

Por otro lado, prestando una mayor atención a las bajas, analizando las causas que las motivan y tratando de sacar enseñanzas que nos permitan corregir aquello que va mal.

■ *c) Los círculos de afiliados.*

En este campo se progresa poco o, incluso, se retrocede.

El recuento del último año nos da una media de 71 afiliados por cada 100 militantes, mientras que en el año anterior esta relación era de 82 por cada cien.

También aquí hay que decir que las tareas marcadas anteriormente (Circular de Julio de 1978 –*Boletín* 26 y *Boletín* 33–) siguen siendo tan necesarias como entonces.

Los mayores avances experimentados conciernen al conocimiento que se tiene de los círculos más organizados y a la atención que se les presta, aunque en este aspecto las situaciones son muy variadas. Por el contrario, el punto que está más "verde" es el de la ampliación de esos círculos.

Los problemas que están en la base de este hecho son muy diversos y bastantes de ellos difícilmente superables (atonía del movimiento de masas, bajo nivel de las luchas políticas y sociales, etc.). Pero a ello se suman otros problemas derivados de nuestro propio estilo de trabajo: insuficiente labor de base, sectarismo, ausencia de planificación, débiles conexiones con muchas de las preocupaciones de la gente... Hoy, una de nuestras tareas fundamentales es precisamente la de organizar de un modo más estable,

en nuestros círculos, a las personas que destacan en las actividades de masas. Acertamos a veces a propiciar esa acción de masas, pero nos cuesta mucho dar el salto y crear, a partir de ella, unos lazos organizativos.

El ensanchamiento y reforzamiento de los círculos de afiliados y la captación de militantes son dos cuestiones clave para asentar al Partido como una fuerza de vanguardia. Pero, para lograrlo, debemos examinarlas y tratarlas de un modo más consciente y activo de lo que lo venimos haciendo.

SUMARIO